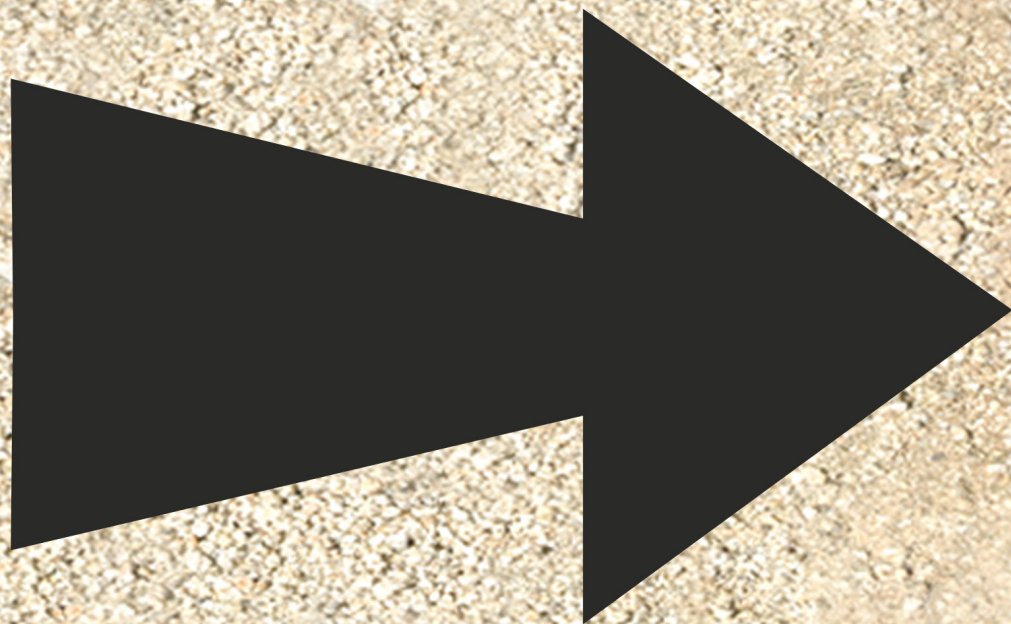


Revista literaria

# lanoria



No. 7 SANTIAGO DE CUBA 2014



Y mañana, como un asno de noria,  
el retorno canalla y sombrío,  
doblar la cabeza y escribir:  
*Al Juzgado,*  
con los ojos aún llenos de lumbres,  
sobre un mar amatista encantados.

**Regino E. Boti**

# la noria

Revista literaria semestral no. 7  
Centro Provincial del Libro y la Literatura  
Santiago de Cuba, 2014  
Coauspiciada por la Asociación Hermanos Saíz

José Ramón Sánchez (Edición)  
Oscar Cruz (Edición)  
Maikel López (Diseño de cubierta)  
Gabriel Cascante (Diseño interior)  
Reynier Rodríguez (Corrección)

#### Consejo de redacción:

Reina María Rodríguez  
Javier L. Mora  
Jamila Medina Ríos  
Jorge E. Lage  
Ahmel Echevarría

#### Encuadernación:

Equipo Ediciones Santiago

#### Redacción:

Centro de Promoción Literaria "José Soler Puig"  
Enramadas no. 356 e/ Carnicería y San Félix  
Santiago de Cuba  
Teléfonos: (53)(22) 62 5907 / 62 8096-97-98  
Correo electrónico: oscaroilan@gmail.com  
marabuzalo3@gmail.com  
ISSN: 2077-8422

Usama Abu Kabir / Imad  
Abdullah Hassan / Daddiq  
Turkestani / Julio Ortega

2

Esther Whitfield

5

Pablo De Cuba Soria

9

Gabriel Gudding / Abel  
Fernández Larrea

11

Ahmel Echevarría

19

Oscar Cruz

23

Jorge Enrique Lage

27

Javier L. Mora

35

Rachel L. Price

40

Legna Rodríguez

48

Walfrido Dorta

56

José Ramón Sánchez

61

NO  
ME  
IN  
TER  
DICE

# Usama Abu Kabir

(Al Rusayfa, 1970)

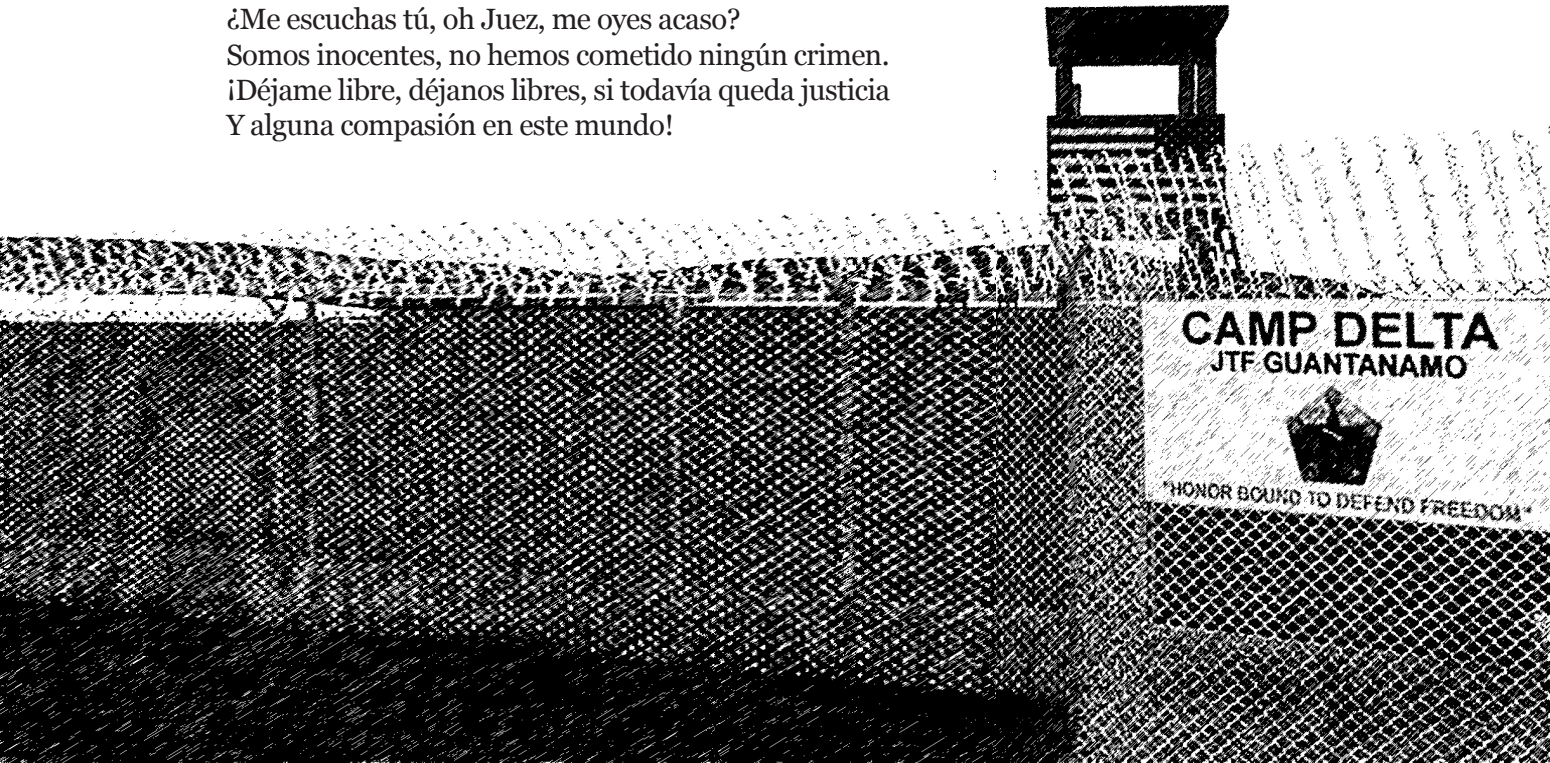
## ¿Es verdad?

¿Ha vuelto a crecer la Hierba después de la lluvia?  
 ¿Volverán las Flores a levantarse en la Primavera?  
 ¿Es verdad que los Pájaros regresarán a casa?  
 ¿Ha de volver el Salmón a remontar su corriente?

Es verdad. Esto es verdad. Y son verdaderos milagros.  
 Pero ¿es verdad que un día dejaremos la Bahía de Guantánamo?  
 ¿Es verdad que ese día habremos de volver a casa?  
 Soñando con mi casa, me hago a la mar en sueños.

Para estar con mis hijos, cada uno es parte de mí;  
 para estar con mi mujer, y aquellos a quienes amo;  
 para estar con mis padres, los corazones más tiernos de mi mundo.  
 Yo sueño que estoy en casa, libre de esta jaula.

¿Me escuchas tú, oh Juez, me oyes acaso?  
 Somos inocentes, no hemos cometido ningún crimen.  
 ¡Déjame libre, déjanos libres, si todavía queda justicia  
 Y alguna compasión en este mundo!





# Imad Abdullah Hassan

(Aden, 1979)

## Echándote, madre, de menos

Echándote, madre, de menos, mi corazón  
 he consumido.  
 Juro por la entera Creación que no sé cómo hablarte.  
 En la noche, en mi sueños sonámbulos, siento tu amor  
 Llamándome: ¿Dónde está Imad?

Todos aquí han recibido cartas que alivian su corazón.  
 Pero yo, sufriendo, vivo en mi soledad, más lejos.

## La verdad (fragmento)

Inscribe tus cartas del corazón en esta cueva  
 Que harán camino hasta la Ciudad del Profeta.

Fue aquí que el Destino quedó absorto.  
 Oh Noche, estas luces que veo, ¿son reales?

\* \* \*

He visto a los jóvenes de Mohamed,  
 ¡Qué espléndidos y virtuosos son ellos!

Mucho tiempo fueron estragados por los eventos,  
 Pero ello solo ha acrecentado su ansia del Señor.

Años de eventos los habían confundido,  
 Pero ello solo ha purificado el oro entre el polvo.

Aquí las mentes maduran aprisa.

Un día aquí es como dos meses en casa.

\* \* \*

Oh Historia, considera. Voy ahora  
 A revelar el secreto de los secretos.

Mi canción revelará la opresión condenada,  
 Y hará que el sistema colapse.

Los tiranos, bien equipados y numerosos,  
 Resisten inmovibles ante la faz de la Luz.

Ellos se mueven en la Oscuridad, guiados  
 Por el Demonio, con orgullo y arrogancia.

Ellos han convertido su tierra de paz  
 En una morada de hipócritas.

Han intercambiado la piedad  
 Por mercancía barata.

\* \* \*

Tú, levántate y confronta los hechos.  
 ¿Podrás enfrentarte al mal y la opresión?

No, tú nunca te resignarás a meras palabras.  
 Tú crees que la espada es el único árbitro.

\* \* \*

Hermanos, soportad el peso  
 de las pesadas cadenas,  
 No seáis confundidos por sus maliciosos designios.

Las ilusiones remontan esta barahúnda,  
 Hay sogas anudadas a la pared,

Y cada noche, en lugar de una novia, ellos  
 Te traen pena y abatimiento.

No tienes otra compañía que la Noche  
 Para quejarte del destino amargo.

No tienes otro camarada que la Noche  
 Para compartir tu tristeza.

## Daddiq Turkestani (Arabia Saudí, ...?)

Yo soy el Compañero de la Noche.

Yo soy quien rehusó la humillación en su propia tierra,  
Aquel que no haya reposo.

Yo soy el que lleva el peso en su nuca,  
Aquel que rehúsa zanjar.

Oh Noche, yo soy una luz que brilla  
Que no podrás oscurecer.

Oh Noche, mi canción devolverá la dulzura de la Vida:  
Los pájaros cantarán otra vez en los árboles.

El pozo de pena se vaciará,  
La fuente de felicidad rebosará,

Islam triunfará en los confines de la tierra.  
*Allahu Akbar, allahu Akbar.* Alá es nuestro Señor.

Ellos no comprenden  
Que todo lo que necesitamos es a Alá, nuestro consuelo.

### Aun si el dolor

Aun si el dolor de la herida se acrecienta  
Habrá un remedio para tratarla.

Aun si los días en prisión se alargan  
Habrá un día para dejarla.

Traducción del inglés y nota:  
Julio Ortega  
(Casma, 1942)

Estos poemas fueron publicados como primicia por *Book Forum* (Nueva York, jun.-sep., 2006) y son parte de los pocos que los abogados a cargo de la defensa de los presos de Guantánamo han podido recuperar. Mark Falkoff (profesor en la Escuela de Derecho de la Universidad de Northern Illinois, y parte de la defensa, con la firma Covington & Burling, de 17 yemenitas en Guantánamo) explica que se trata de una mínima parte de los miles de versos escritos por poetas presos (como los hermanos Ustad Badruzzam Badr y Adurraheem Muslim Dost, liberados y ya en Pakistán, pero cuyos poemas siguen confiscados). La mayoría de los poemas no han sido declassificados por el Departamento de Defensa norteamericano porque si un verso dice “Perdóname, querida esposa”, se lo califica de intento de comunicación con una tercera persona (solo pueden escribir a sus abogados) y su publicación queda prohibida. Bajo la ley actual, publicar ese poema sería un acto criminal. Falkoff anuncia que se están reuniendo poemas declassificados por el Departamento de Defensa para publicarlos en un libro, cuyas regalías serán donadas a la causa de los derechos humanos.



**Esther Whitfield**  
(Cardiff, 1971)

## **Encierro y traducción: Poetas presos en la base naval de Guantánamo**

En el 2007, el abogado norteamericano Marc Falkoff publicó una insólita antología de poemas: *Poemas desde Guantánamo: los detenidos hablan*. Consta de veintidós poemas escritos por presos detenidos en aquel momento en la base naval de Guantánamo, en nombre de la “guerra contra el terror,” iniciada por el Presidente Bush en 2001. Su escritura, y su posterior traducción y publicación, superaron enormes obstáculos. Falkoff —quien además de ser editor de la antología fue el abogado de varios presos— documenta los diferentes niveles de censura que afectaron tanto la creación como la publicación de los veintidós poemas, desde sus mismos inicios creativos al ser escritos en pedazos de objetos desechables (por la carencia del papel, al que no tenían acceso los detenidos), hasta requerimientos tales como que los traductores tuvieran autorización para trabajar a nivel secreto y aislados; hasta las órdenes emitidas por el alto mando militar acerca de que los originales de los poemas en árabe y pashto permanezcan aun clasificados como documentos confidenciales. La presión de la censura también ha afectado el número de poemas incluidos en el libro, pues muchos fueron destruidos o confiscados antes de que hubieran sido leídos por otros prisioneros y sus abogados, mientras que algunos fueron considerados tan intimidatorios para la seguridad nacional que no se permitió su publicación.

A pesar de tales obstáculos, lograron ser publicados los poemas y biografías conjuntamente de veintidós detenidos, la mayoría llevados a la base naval desde Pakistán y Afganistán aunque se tratara de ciudadanos oriundos de nueve paí-

ses (incluyendo Arabia Saudita, Pakistán, Reino Unido, Zambia y Yemen). Entre sus traducciones a otras lenguas se encuentran la de algunos de los poemas al español, por Julio Ortega en *El País* y la de Ana Mata Buil para la compilación completa publicada por Ediciones Península en Barcelona. La antología ha sido leída por un vasto público debido en gran parte a su relevancia global, como perturbadora evidencia de la inhumanidad y el abuso que se ha perpetrado en la base en estos últimos años. De hecho, la idea de una importancia y hasta una geografía “global” para la prisión y para la base naval misma está tan extendida que un artículo muy influyente sobre la prisión por la historiadora Amy Kaplan, lleva el título “¿Dónde está Guantánamo?” y concluye que “Guantánamo está en todas partes”. Muy pocos lectores de la antología se han percatado del hecho de que la base naval se encuentre en una locación cubana, ni tampoco en la resonancia a temas cubanos de los poemas. Este es el tema que quisiera tratar en este breve ensayo.

Judith Butler, la conocida filósofa y teórica norteamericana, hace una lectura de *Poemas desde Guantánamo*, donde encuentra que se ofrece “un tipo distinto de reacción moral, un tipo de interpretación que puede, bajo ciertas condiciones, explotar los cismas que corren a través de la ideología del ejército y de la nación”. Abordando los poemas desde una perspectiva de la precariedad de la condición humana, un concepto sobre el cual ella ha escrito extensamente, observa que “la guerra es precisamente un esfuerzo para minimizar la precariedad para unos cuantos individuos y

maximizarla para otros”. Entre dichos “otros” se encuentran, en el contexto de la guerra contra el terror, los detenidos-poetas de Guantánamo, los cuales según Butler sobrevivieron gracias en parte al acto creativo de escribir poesía: “la formación de las palabras está encadenada con la sobrevivencia, con la capacidad de sobrevivir, o sobrevivencia-idad”. Ariel Dorfman, en el epílogo que escribió para esta compilación, hace un reclamo similar para la poesía, estableciendo su comparación con los escritos de los prisioneros políticos en Chile.

En la interpretación que hace Butler de estos poemas, los realza por su valor testimonial, en el sentido de que su impacto emocional los hace testigos del “dolor, la humillación, la nostalgia y la rabia”. Entre aquellos que fueron publicados se incluyen pocos detalles de la experiencia diaria de los detenidos en la prisión, así que los testimonios en dicho tema se pueden encontrar solamente en las narraciones escritas posteriormente por aquellos prisioneros que ya han sido liberados. Sin embargo, tal como ha comentado Erin Trapp, la mayoría de los críticos en Estados Unidos que han analizado estos poemas, lo han hecho bajo el lente de su carga testimonial; más aún, en una de las reseñas más caústicas de la antología, aparecida en el *New York Times*, se plantea que su calidad literaria es tan cuestionable que solo pueden ser leídos “como evidencia” del sufrimiento. Tales lecturas interpretan los poemas como evidencia de la perspectiva del “otro” en una escena de guerra a gran escala, en la cual los Estados Unidos desempeñan un papel dominante.

Mientras que la crítica desdeñosa aparecida en el *New York Times*, acusa el que estos poemas pudieran haber sido escritos “por cualquiera que estuviera sufriendo por cualquier tipo de cosa”, pasando por alto tanto los extraordinarios padecimientos sufridos por los autores en esa experiencia como los efectos y consecuencias causados por la censura de sus poemas, hay curiosamente una falta notable de especificidad —de nombres de personas y luga-

res— en los poemas. Particularmente impactante —mucho más por dicha ausencia de nombres— resulta el hecho de que el nombre de Cuba se repite en tres de los poemas. La presencia de Cuba en los poemas apenas ha sido señalada en los análisis críticos de estos; y es una presencia importante.

Cuba es nombrada por primera vez en las primeras líneas de un fragmento del poema de Shaikh Abdurraheem Muslim Dost, donde la voz poética es la de un hijo extrañando al padre que se encuentra en un sitio lejano:

*Eid ha venido, pero mi padre no.  
No ha podido regresar de Cuba.*

Estos versos son en primera instancia una meditación acerca del movimiento y su capacidad de traslación: *Eid*, el festival religioso, puede “venir” a tiempo, pero el desplazamiento físico necesario para que el padre pueda regresar de Cuba resulta imposible. Pero hay una dimensión que va más allá al señalar la detención física del padre, y que se denuncia al nombrar la locación donde se encuentra como “Cuba”. Primeramente, localizar al padre sin ambigüedad ninguna en Cuba equivale a localizar la prisión tanto geográfica como políticamente de un modo que hace detonar su localización en el lenguaje legal y militar de los Estados Unidos: fue precisamente porque los asesores de George Bush querían ubicar la base naval en Cuba, por determinadas razones, en los Estados Unidos por otras, y óptimamente en una tierra de nadie, que fue seleccionada para los detenidos de la guerra. Al localizar a su padre en Cuba, el poeta señala una geografía bien antes que una jurisdicción, mostrando de esta forma su apoyo tácito a las protestas de Cuba por la instalación ilegal de la base naval en su territorio.

El hecho de nombrar a Cuba, tanto en el poema de Dost como en los otros que analizaré aquí, sugiere también la urgencia que tienen estas voces poéticas por establecer su propia localización.



Karen Greenberg, quien ha escrito un detallado recuento de los primeros cien días en la prisión campamento de la base, hace notar que a los detenidos les fueron tapados los ojos durante las primeras cuarenta horas que estuvieron en Guantánamo y no les informaron durante algún tiempo de que habían sido llevados a Cuba. Provocar el sentido de desorientación en los detenidos fue una alta prioridad, en tanto que una herramienta para los interrogatorios. Nombrar a Cuba como el lugar de las detenciones se trata entonces de haber asumido conscientemente la información que a los prisioneros les había sido denegada en un principio.

El poema de Ibrahim Al-Rubaish “Oda al Mar”, al nombrar a Cuba, asume similarmente una posición de reconocimiento de la voz poética y localiza a Guantánamo en Cuba. En los siguientes versos, sin embargo, se ofrece una reflexión mejor matizada sobre las continuidades políticas y geográficas, además de las afinidades comunes, entre el poeta y Cuba.

*¡Oh mar!, te burlas de nuestro cautiverio.  
Tú has pactado con nuestros enemigos  
y nos guardas con crueldad.  
¿No te hablan las rocas de los crímenes cometidos  
entre sus grietas?  
¿Acaso Cuba, la derrotada, no te traduce  
sus historias?*

Peter Hulme, analizando las memorias publicadas de los detenidos que habían sido liberados de Guantánamo, describe cómo “las criaturas naturales de Oriente” —pájaros, insectos, jutías— se infiltran en los campamentos a pesar de su ostensible aislamiento del resto del mundo. En su “Oda al mar”, Al Rubaish le habla a una gran parte del mundo natural que lo rodea: precisamente aquella que une, antes que separarlas, la base naval y Cuba. Tal como el poeta mismo confía al mar, nos anticipa que Cuba continúa traduciendo sus pro-

pias historias allí. El mar se convierte en una especie de receptáculo de sus calamidades y congojas, pero es también una de las causas de estas; y su representación como una fuerza engañosa, que al mismo tiempo promete libertad y recuerda a quienes están en tierra de su condición isleña, sirve de eco de esa lengua poética de la insularidad de la cual “La isla en peso”, de Virgilio Piñera (y “la maldita circunstancia del agua por todas partes”) ha sido el ejemplo más citado.

Además de todo lo anterior, al invocar no simplemente a Cuba sino a “Cuba la derrotada”, el poeta subraya una experiencia compartida (por la nación y el autor) de sufrimiento. Esta es, sorprendentemente, una solidaridad cuyas bases en la derrota no encajan bien con el discurso cubano antimperialista. “Derrotada” es una traducción de la palabra inglesa “vanquished”, y en tanto el original en árabe permanezca bajo llave, no podemos decir cuál sería la traducción más apropiada. Si la fuéramos a traducir como “vencida”, que a mi



modo de ver está más cercana a la palabra en inglés, entonces nos vamos a encontrar con un verbo que tiene una carga semántica bien diferente a la de la retórica revolucionaria cubana.

En su “Primer poema de mi vida”, Mohammed al Gharani empareja a Cuba, con un adjetivo igualmente cargado de significados. Se trata de un poema narrativo en primera persona del plural que traza la ruta colectiva de los detenidos desde su captura en una mezquita (presumiblemente en Pakistán o Afganistán, aunque la locación exacta no se llega a nombrar), hasta su detención primeramente en una prisión de esa región, y luego en la base naval de Guantánamo. Sus penúltimos versos dicen:

*Después decidieron llevarnos a Cuba,  
y en esta afligida isla nos dejaron.*

El traductor de este poema, Flagg Miller, explica que la palabra árabe que él ha usado como “afligida” es “mankuba”, la cual forma obviamente un juego de palabras con “Cuba.” Entonces “Cuba” se convierte en parte de una “aflicción” que, Miller continúa diciéndonos, él ha decidido usar como tal debido a la resonancia que tiene con el vocablo que designaron los árabes para referirse a la derrota sufrida por ellos en 1948, durante la guerra de independencia de Israel, llamada “la Aflicción”. Miller interpreta la selección de las palabras árabes a todo lo largo del poema como evocando “un discurso de resistencia a tenor con la resistencia del pueblo palestino”, al extremo de comparar la “aflicción” de Cuba, tanto con la derrota de los árabes en 1948, como con la actual causa palestina, implicando por lo tanto una posición de solidaridad con la batalla del pueblo cubano contra el imperialismo norteamericano.

Justo como en el caso de “Oda al mar”, en “El primer poema de mi vida”, se muestra cierto conocimiento de la historia cubana, y cierta empatía con este país. A pesar de lo que pudiéramos considerar

como desajustes retóricos, ambos poemas apuntan al “sentido de solidaridad”, que Judith Butler alcanza a interpretar en la mayoría de los poemas antologados, otorgándole a Cuba un pequeño pero muy claro papel como referente en su articulación de la experiencia del confinamiento. Es este papel mismo, no hace falta decirlo, el que se pasa por alto cuando aun los más solidarios de los lectores de esta recopilación localizan a Guantánamo, únicamente, en su geografía global.

#### OBRAS CITADAS

ANA MATA BUIL: *Poemas desde Guantánamo. Los detenidos hablan*, Barcelona, Ediciones Península, 2008.

JUDITH BUTLER: *Frames of War: When is Life Grievable?*, Londres, Verso, 2009.

DAN CHIASSON: “Notes on Prison Camp”, Reseña de *Poems from Guantánamo: The Detainees Speak*, *The New York Times*, 17 de agosto del 2007.

ARIEL DORFMAN: “Donde arde la llama enterrada”, en Ana Mata Buil, *Poemas desde Guantánamo*, 107-111.

MARC FALKOFF: *Poems from Guantánamo: The Detainees Speak*, Iowa City, University of Iowa Press, 2007.

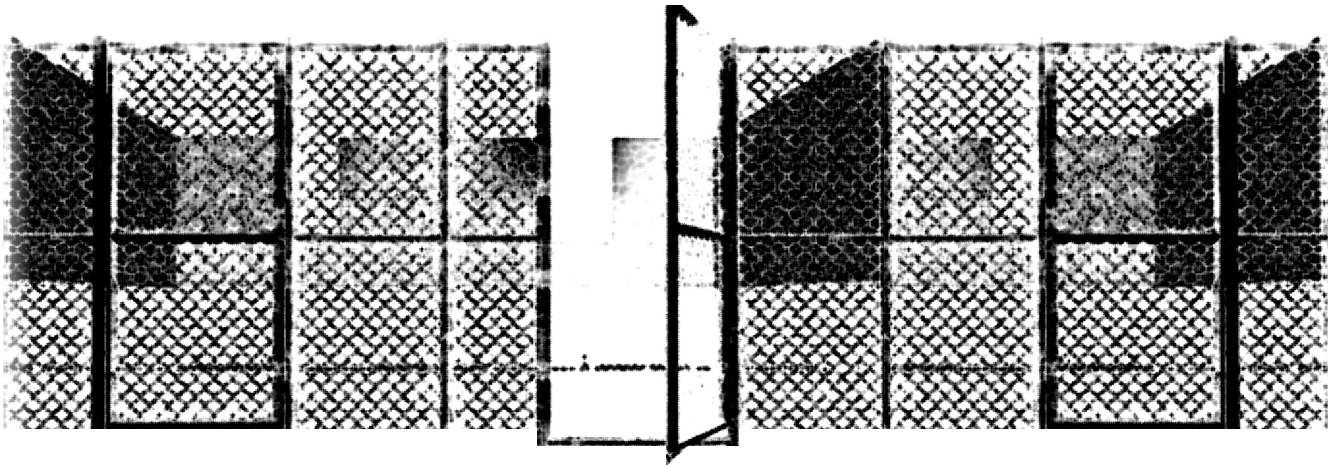
KAREN GREENBERG: *The Least Worst Place: Guantánamo's First 100 Days*, Oxford & Nueva York, Oxford University Press, 2009.

AMY KAPLAN: “Where is Guantánamo?”, *American Quarterly* 57:3 (September 2005) 831-858.

JULIO ORTEGA: “Poemas de presos en Guantánamo”, *El país*, (Madrid) 8 de julio del 2007.

ERIN TRAPP: “The Enemy Combattant as Poet: The Politics of Writing in *Poems from Guantánamo*”, *Postmodern Culture* 21:3 (May 2011).





**Pablo De Cuba Soria**  
(Santiago de Cuba, 1980)

**GoodBye GrandPa**  
**[*When I was a freshman*]**

Al final de la letra ayunan los perros —  
Será virtud de hembras al aparcar Sentido  
Canta la Sorda —  
En cuestión de entendederas voy sobrado, de cerumen —  
Goodbye GrandPa llego tarde  
en el país permanece el *ritornello*  
entre imágenes dicen permanece —

(En los ruidos de Guerra se crían amores)

Goodbye GrandPa  
ya Francesca te dará las nuevas —  
Ella es confiable, su destreza en humedades lo señala —

(Duerme calmo entre las hembras)

“Belleza nunca ha sido fácil”, dijo Buxtehude  
al ascender  
 (“Penetra lento”, le dijo Francesca)

## Cuando poesía volvió a escribir los [Perdidos unos, otros inspirados]

No se puede escribir *la* después de Auschwitz —  
Oía a vulva entre los pobres desnudos  
abrazados  
permutaban sus lenguas por amor de los gases:  
Ay Janecska Janecska ay *dein goldenes Haar* ay —  
Oía a *delirium* —  
No se pudo escribir *la* después de Auschwitz —  
—Acaso lo intentas?

## Tratado de los principios

De una multiplicación de ideas por tensar todavía,  
o de una duración que establece sus propios marcos,  
un examen de conversiones en su momento  
registrado: la gabardina atravesada por un tajo (de  
mangas queda corta, también del cuello), digan se  
ficciones de la realidad expulsadas, aunque en ella  
retumbando.

Queda escrito: colecciona extensiones para establecer  
encuentros, ese grosor de conatos en el cristal  
de los lentes (los pule, los pule, quedan bien).  
El chirriar de la piedra formaliza el cuerpo.

A pesar de lo *raro* (y lo *difícil*) ha mandado a las  
musas a coger por el orto.

## La niña de los editores

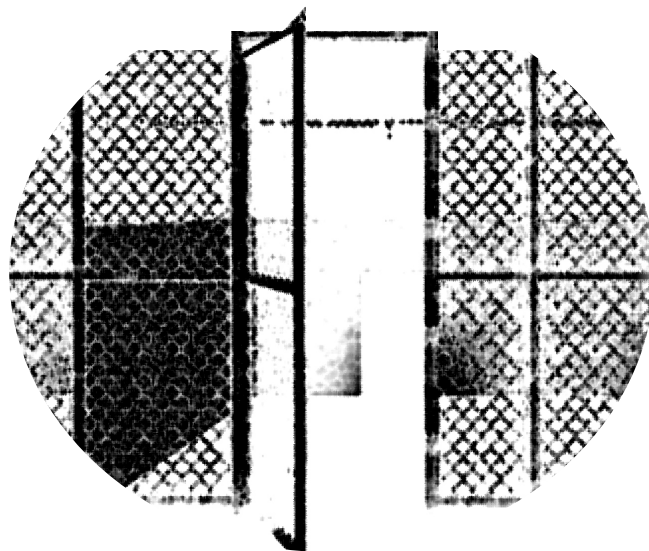
Deja *la* que entre antes de hora, como destinada a  
partir en su llegada. Madre mía, eso es, una educación  
sostenida en lo que el tono. De tal modo se  
relaja, vertical. Nada cuesta poner sobre las *íes* la

verticalidad del cuerpo. Lo que es aprender a respirar  
el polen de las gramíneas separado. De raíces mudas:  
las gramíneas. U hablan algo. O lleva anteojos para  
lucir mejor, tanto semejante al sonido pequeño: chubasco  
repentino al corregir, corrige, aunque le saquen provecho  
a su estatura. Al entierro del Conde Orgasmo, recién vista,  
deja *la* que entre.

## Rima Rimbaud

Le tocó amar a los mulatos, país adentro. Una  
legislación sonora donde los graves se educan (en celos).  
Cuestión de alturas, si apetece. O de piernas abiertas,  
por si duermen. Lo mismo que un asilo de monarcas,  
marcan bueyes: una manera de rimar *le* entre fluidos,  
saben ojos y escapada. Le tocó amar *los*, cuando rima  
rumia sus *ponendas*, casi a coro, maldiciendo.

Donde mulatos malparían sílabas, aprendió a juntar  
*las*. Suele hacerlo en canto probo, sin relieves. Como  
vulvas a barlovento, vacilaciones, ya escuchen *le*  
destierros anterior a los inicios. Después de comercio  
salivan prosa, hasta la mente.





# Gabriel Gudding

(Anoka, 1966)

Traducción: Abel Fernández Larrea  
(La Habana, 1978)

## [Y a qué, amigos, se le llama el camino]

Prólogo a *Cuaderno de Rhode Island*

¿Y a qué, amigos, se le llama el camino? Si hay, amigos, una isla, parecida a un río, semejante a una cerca, usada con el propósito de transportar suavemente cuerpos y bienes, un pasillo alineado de nombres, un corredor que atraviesa países, un conducto de redes, a *duct in webs*, una pasarela a la semilla, un recorrido de seres, un río compuesto de islas, un lugar de simultáneas atracciones y repulsiones, un lugar para el lugar hallado, un área de intercambio como hacia un ábaco inmenso. A esto, amigos, se le llama el camino.

¿Y qué cosa, amigos, es un carro? Si hay, amigos, un corpúsculo metálico, una pequeña habitación en la que no se puede andar, una especie de habitación peregrina, un corpúsculo metálico construido sobre ruedas, con un interior dispuesto con instrumentos usados para controlar su movimiento, pensado para arrastrar cuerpos de un lugar a otro con esfuerzo mínimo de la musculatura de esos cuerpos, siendo pues una pequeña habitación sobre ruedas que metaliza el cuerpo humano, siendo un pequeño edificio móvil, una choza portable, que transporta peinados, niños, monedas, bebidas y combustibles a través del aire y a la superficie de las colinas y por sobre ríos antiguos, quietos y brillantes. A eso, mis amigos, se le llama carro.

¿Y a qué, mis amigos, se le llama hija? Si hay, amigos, una niña pequeña, impresionable, preciosa, compleja, necesitada de amor, deseosa de seguridad, calor, cariño, dadivosa de cariño, y que es valiente, que contempla tormentas con temor y asombro, que disfruta de grandes árboles, ha visto las peleas de sus padres, posee un oso de peluche, va siempre con el oso de peluche, lleva un oso polar blanco y relleno durante su infancia, que tiene cinco, que tiene seis, que tiene nueve años, que hace pequeñas acampadas en la sala, o en el asiento trasero de grandes carros, que es un envoltorio de gozo y cuya vida, a pesar de los esfuerzos de sus padres, aún es flanqueada por las causas de la muerte; que tiene diez años, que aún halla tristeza, cuyas pequeñas manos crecen y crecen, cuyos grandes ojos crecen y crecen, cuya simpática manera de hablar crece y crece. A eso, amigos, se le llama hija.

¿Y qué, para nosotros, es una relación a larga distancia? Si hay amigos, o cualesquiera dos personas separadas a propósito por una distancia, cuya historia de interacción se caracteriza por la incomprensión, peleas frecuentes y dolor interpersonal, de modo que los factores de sus diferencias de edad, cultura, temperamentos y textos en los que fueron educados (en los cuales parecen prisioneros) los han llevado a una distancia de, digamos, mil cien millas, y que, a pesar de las compatibilidades, y a propósito de las incompatibilidades, se hallan frustrados y aun así quieren intentarlo. Esto, amigos, es una relación a larga distancia.

¿Y a qué, finalmente, se le llama cuaderno? Si hay, amigos, un camino entre el vacío, un mar cosido al espinazo, dispuesto sobre mesas, regazos, o en el asiento trasero del carro, usado como paliativo en un aluvión de desapariciones, como una suerte de registro de minucias, condiciones viales, el registro de condiciones viales con agregado de pensamientos que ocurren mientras se conduce en esas mismas condiciones, la invitación a la emoción y a la radio, la marca de las señales, el asentamiento de notas incidentales o de compendio, en la gramática de ir hacia delante y hacia atrás, el viaje de período a período, el venir de oeste a oeste, el enviar intermedio, el ir en el clima, el clima entre Illinois y Rhode Island, sea en Normal o en Providence, o entre lugares cualesquiera que sean normales, providenciales, apropiados para intentar ser feliz, o para salvar una relación, con la pareja separada, o para ver a la hija pequeña, durante una separación, o para verla durante un divorcio, o para verla, durante su dulce juventud tras el divorcio, o para conducir camino a formar parte, aunque breve, de la vida de una hija más triste y menos boyante, una pequeña hija, que es valiente, que levanta el mentón, que es amable, que solo desea ser feliz, para quien no se puede encontrar un empleo más cerca; para registrar cualquier elemental tiempo de alienación, para escribir la crónica de cualquier dolor emocional, evocado por cualquier distancia contranatural, desde una niña pequeña, con toda nuestra comprensión, tal que, por una colección de garabatos, un cúmulo de reflexiones, alguna utilidad invite a recolectar cosas dolorosas, que no se conviertan en miseria, y la negación a ser conmovido por el dolor, o a recolectar, y de hecho insistir, la vida, con atención, para el gozo, a recolectar de este modo, para una hija, cuando crezca, o para uno, o para cualquier otro que pueda encontrar, en cualquier grado, en este sitio de huérfanos, esta humildad sin fin, nuestra pena por los hogares perdidos. A eso, amigos, se le llama cuaderno.

## [No puede haber *pastorals* mientras haya mataderos]

No puede haber pastorales mientras haya mataderos.

Son el fundamento de todas las opresiones

y el rostro ignorado de toda afirmación  
o definición  
de qué es “naturaleza”.

El verso y el reverso de todas las caras está unido  
por los cubículos del matadero.

Cuando consumes los músculos del animal  
tu ano es un túnel hacia el matadero.

Si comes alguna parte del animal  
tu recto es un atrio para el matadero.

El principio del yermo es el final del yermo  
mientras exista el matadero.

Dondequiera que las lindes aprieten un arbusto o una estrella  
en el dorso de cualquier pedal de cualquier bicicleta,  
hay un matadero  
dentro de cada intestino, en cualquier orina, en cualquier monóculo, en  
los aerosoles, en cada charco, en el trineo, en la parte de atrás del pote  
de mermelada, en los dobles de tu vulva, en el extremo de tu pene.  
Está sobre tu dulce.

Está presente en cada pequeña colección de escarabajos y en el aire que  
trae el polvo de otros condados y de estados distantes.

Cargamos el matadero como un ratón cargaría el Tíbet.

No puedo pensar en el matadero sin que me lancen de mis cejas.

No puedo pensar en el matadero sin alejarme sobre mis rodillas.  
Los alguaciles están desnudos, el sol no nos deja besar, las nubes no nos dejan cocinar  
ni los pantanos ni los yugos ni las charcas nos invitan  
no podemos contemplar el estanque estrellado  
no puedes ver el torrente  
no puedes sentir el rabión

no puedes decir un nombre

ni sentarte

no puedes amar los abalorios  
o entender un calendario  
mientras haya un matadero.

El animal debería tener cenizas por moco, costras en vez de hombros, no deberíamos  
pasar tiempo con él, dejar que tuviera velcro en lugar de pelo de forma que se pegue allí  
donde lo dejamos, la oveja cagaría su cuerpo directamente en celofán, el pollo —no lo  
amarás— debería nacer en una fábrica de plumas, gran parte de la vaca debería resonar  
en el desagüe —y el becerro no podría seguir sus ojos durante su niñez.

Y el lechón solo ve otro granjero  
balanceando el termostato del mundo en la punta de la pinga.





Su cuerpo debería ser un globo de proteína, sus orejas y su rabo serían cortados como lastre, a sus testículos se les enseñaría a leer, los cuernos serían quemados, el ser del animal se haría totalmente sensato, su escroto sería aplastado, y a quién le hace falta que su carita ande gritando.

No pido que vayamos a remendar zorros en la autopista.  
 No pido que saquemos de la tierra, en trineos eléctricos,  
 sebos, baños, mudas  
 latón, muerte  
 o bombeemos las estrellas  
 de vuelta al telescopio.

Salgamos del hombre político.

En verdad somos unos éticos miserables cuando toca el turno a otros seres.  
 Los poemas son preciosos, ¿no es cierto?

## Queridos animales

Muchos de ustedes no tienen senos. Esto es innegable. Pienso inmediatamente en los anfibios, los reptiles, las aves —ninguno de los cuales posee senos, ni nada sobre lo cual se pueda montar un pezón—. Yo, por ejemplo, no tengo pelaje.

Entiendo que muchos de ustedes tienen penes. Una gran cantidad de animales poseen y están orgullosos de sus órganos sexuales. Algunos de ustedes, sin embargo, no se reproducen sexualmente y están desprovistos de genitales. Entiendo que en muchas especies se dan casos en los cuales los machos tienen penes mientras que las hembras no tienen senos de ningún tipo. Más aún, me doy cuenta completamente de que muchas especies ni siquiera tienen reproducción sexual. Aunque ustedes y yo tenemos poco en común, y yo encuentro sus cuerpos inquietantes, debo decir que a pesar de la distancia biológica que hay entre nosotros tanto ustedes como yo debemos quizá tomar café —sea que lo tomen— o poseemos una boca.

Sé incluso que muchos de sus penes son peculiares, sus vaginas extrañas y sus caras largas, planas o, por

el contrario, con cuernos. Me doy cuenta de que ninguno de ustedes usa reloj, mientras que yo recibo un placer único de un reloj nuevo cuando, sumido en la negrura, me despierto sin referencias temporales en un distante AM y presiono el botón “fosforescente” de mi reloj de pulsera, el cual ilumina la tabula rasa de mi rostro, además de la hora, con una luz tenue y aun así vigorosa de la “era espacial”. Este es un goce puramente humano. Sin embargo, ustedes también deben tener sus propios goces, como restregarse en un estanque o mirarse por horas las pezuñas.

Sinceramente,  
 Gabriel Gudding

## *Non Flumen, Sed Orbis*

Nuestras joviales relaciones iletradas con la tierra, desarrollo de. Labios, función y belleza de los. Labios, evolución en el tiempo: cómo los labios de tus ancestros pueden convertirse en los carrillos de tus nietos. La necesidad de un mundo de comercio agrícola próspero, si bien falto de planificación.

El océano: su naturaleza poco ortodoxa; el mar, un complejo mantel de fuerzas en el centro del universo. Por qué el sol semaforea dentro de su propio alfabeto, por qué el fondo del estanque fue izado hasta la grasa del sistema solar.

El afuera: su naturaleza. Qué es “estar afuera”; exponer parcialmente la dermis a sensaciones causadas por movimiento del aire, humedad de la lluvia, pátina del rocío, película orgánica y acción solar, impacto de pequeños objetos llevados por la corriente de aire, la sujeción de esas membranas que producen el moco (moco: coloide viscoso que contiene encima antibióticas) que compone y rodea el globo del ojo, la nariz, la boca, a veces el ano y los genitales, al entramado de vástagos, ramas, fango, residuos animales, herrumbre de filamentos, contrabando de pelos, amenaza de ataque físico, exposición al polvo, riesgo de inhalación, aroma de polen, el vuelo de esporas modificadas genéticamente; eso es sentir el mundo sin una casa ni otro integumento anclado o fuertemente protegido contra el clima y que contenga sillas, camas, escritorios, del tipo de edificios o vehículos en los que insertamos el cuerpo individualmente o en masa.

Cómo no hay borde de la cama en el sistema solar, aguas magniscientes empañadas de cambium y bordadas de cabriolas, carnes comestibles que recogen las obstrucciones rechonchas llamadas alimento. Imaginamos el paisaje como una asíntota rellena de cosas arrojadas. Cómo los gansos suenan igual que pillos plácidos y ansiosos. Disolución, su naturaleza: cómo la mayor parte del maíz, del clima, de las vacas viene a nosotros en pedazos; cómo la lluvia, dividida en miles de fragmentos, se junta en un solo fragmento de río, masa de agua o líquido extendido en planchas cohesivas de lluvia resbalando a través de las laderas, de las que pende una breñosidad de animales disueltos. Ayn Rand: su naturaleza retardada. Inmunohistorrio, río de células, Twain y el deceso de la vida fluvial. El naufragio de Illinois por los supermercados. El viejo kosmos

del río: su ausencia; “non flumen, sed orbis,” panta rhei. La carne como tristeza condensada. Tristeza, su totalizada relación con el negocio agrícola.

## El huerto

Justo detrás de un gran matorral de tilos, en las afueras de Moorhead, Minnesota, un hombre inmensamente estúpido, de nombre Andersen, enterró el extremo de unas astas en el suelo de Red River Valley, con la esperanza de ver crecer un ciervo. Ese otoño vio un ciervo macho que bufaba en la parcela del jardín, enterrado hasta el cuello, su gran pecho arrojando el suelo. Andersen dijo entonces oh, oh y ah, ah, mientras el ciervo alarmado luchaba por salir, gruñendo y gimiendo. En poco tiempo Andersen tuvo un huerto expansivo de ciervos.

Todos los ciervos en su huerto miraban en una misma dirección. Se paraban en atención, los ciervos, como hacen los niños cuando el profesor surca la puerta. Eran como marsopas coronando un delta hundido, cada asta un pico rígido y leñoso; los nudos de unas vértebras surgiendo de un respiradero en lo profundo del pelaje, alojado en el cráneo. A veces, en la niebla, parecían pollos gigantes o chihuahuas con peinados de cable grueso; otras veces, con las libélulas, parecían fragatas graznadas de gaviotas, y siempre, sin embargo, sus pechos enterrados eran ataúdes de roble, cuya tensión va envejeciendo.

Ahora, la piel de una marsopa se hace de materia vegetal y no de materia carnal; y, justamente por eso, no es el asta del ciervo de hueso, sino madera. Porque un ciervo hasta el cuello es medio árbol, y solo hasta las caderas es un animal que defeca. Claro que ahora sabemos que ni los árboles ni los arbustos cagan. Ni la hierba singa ni la bardana besa. Ni la vid despide a un camarada con un gesto o se vuelve severa a su viña y recomienda al vinatero que cultive a sus amigos rubicundos. No, el matojo no se atreve a hacer caca a

menos que se le considere un estorbo y se le corte. Más aún, si yo fuera un matojo no cagaría, pues un matojo no puede apartarse de sus heces. Defecar es ciertamente una actividad de criaturas móviles. Así que estos ciervos, al ser fastidiosos y estacionarios, se negaron a defecar, con sus caras endurecidas por la negación, hasta que a la larga explotaron, mientras Andersen lloraba, uno tras otro, ciervo tras ciervo detonando, como demasiadas bolas en un nylon de embalar.

## **[Creemos que el carro solo llega hasta aquí]**

Creemos que el carro solo llega hasta aquí. Pero hay combustible e islas que cruzar. Y las partículas diminutas se levantan. Las gomas de hecho se desencajan, puntos de caucho en aerosol se pegan entre sí junto a las piedras con las que viajé desde el pasado hasta los días en que muere un conductor y todos los que leen sobre él también mueren. El conductor se mueve.

Anillo, calle secundaria, callejón, calle diametral, calle láctea, los árboles nocturnos son redes astrales, callejones sin salida, allí se recogen los cuerpos de planetas, sus cojones se funden con fulgor a través del mapa tembloroso. El conductor se mueve. Una granja cercana, Whitney bajo el cielo.

El carro va por las praderas. El carro y el bisonte son el ánodo y el cátodo de la modernidad. Cuando la bala halló que las viejas bateas viven del bisonte. Cuando la bala fue arrojada de los rifles Sharp, miríadas de meteoritos pubescentes asumieron nido en el guataje de su corazón, una muerte extraña hinchada en el relleno de sus patas. Más allá de su barril todo el oeste era suave. Los animales se quedaron allí. Las moscas volaban de los orificios de los otros bisontes, como preguntando por el este para venir y comérselos de este horror. Desde la nave de la bala aún podemos ver las Viejas vidas del mundo. Veo gente montando

bicicleta al borde de una tormenta. Más allá hay camiones de pus saliendo del bisonte. Hace del río un banco rubio. Se convierte en ferrocarriles. El conductor se mueve.

Te acercas otra vez a un lago, o tal vez a un río. O a un monte. En tu carro. Es tu carro. No el carro de tu amigo. No al lago de tu amigo. No es tu lago. Es el lago actual. Incluso el dueño del lago, el estado, no es dueño de este lago. Nadie es dueño de este lago. Ha sido mejorado con prófugos de granja. Tiene granjas dentro. Las granjas no quieren al lago. El estado es dueño del lago pero a los granjeros los pueden demandar los bañistas que se hieran en el lago, así que el estado promueve leyes para abdicar de su responsabilidad por el lago. No es un espacio público. No hay espacios públicos. No hay públicos. El aire no es público. Ni siquiera el afuera es público. La [a]juz del sol no es pública. ¿Quién es dueño del ruido de los carros? Ni siquiera los ruidos son públicos. ¿Acaso somos dueños de los ruidos de nuestros carros? ¿Acaso somos dueños de los ruidos de nuestros propios movimientos, del olor de nuestras propias familias? Golpea al lago con tu carro. Golpea una vez. Refréscalo con el ruido del carro. Está “fresco” ahora, con la f y la o en las puntas de esa palabra.

Vi un bisonte balanceado por la bala, aún está allí, girando sobre el oeste, un asterisco cornudo relleno. Su cerebro es un escritorio. Sus ojos de algún modo aún se abren y se cierran insensibles.

Vemos un carro. Pensamos que solo llega hasta aquí. El mundo decide encontrarse con él. Vemos como ello prueba la elasticidad de la carretera, las ordenadas elasticidades de las espigas de trigo. Cuán dulces y tibios son los sitios del suelo. Las colinas del cuerpo, la orina que se va de los animales. Leche en las arduas. Sustantivos en el lino apropiado. Cuán gentiles son los animales. No son pequeños espectáculos cargados de dolor y anclados a la redonda. Ellos están cargados de dolor.



## [And What, Friends, is Called a Road]

Prologue to *Rhode Island Notebook*

And what, friends, is called a road? If there is, friends, an island, akin to a river, resembling a fence, used in the purpose of swiftly moving bodies and goods, a hallway lined in names, an aisle through counties, a duct in webs, a gangway to seeds, a traveling of beings, a river composed of islands, a place of simultaneous attraction and repulsion, a place for the finding of place, an area of exchange like unto an immense abacus. This, friends, is called a road. // And what, friends, is a car? If there is, friends, a metal corpuscle, a small room in which one cannot walk, a kind of peregrine room, a metal corpuscle battened to wheels, with an interior fitted with instruments used to control its movement, purposed to haul bodies from place to place with minimal exertion on the musculature of those bodies, being thus a small room on wheels that metallizes the human body, being a small mobilized building, a portable shack, conveying of hairdos, children, coins, drinks and fuels across the air and into the surface of hills and athwart old and dull and glittering rivers. This, friends, is called a car. // And what, friends, is called a daughter? If there is, friends, a little girl, impressionable, precious, complex, in need of love, desiring of security, warmth, kindness, giving of kindness, who is brave, who witnesses storms in awe and in fright, who enjoys big trees, has seen the fighting of her parents, owns a teddybear, goes with a teddybear, carries a white stuffed polar bear throughout her childhood, who is five, who is six, who is nine, who makes little camps in livingrooms, or in the backs of great cars, who is as an enfoldment of joy and whose life, despite her parents' efforts, is still surrounded by the causes of death, who is ten, who still finds grief, whose small hands are growing away, whose large eyes are growing away, whose funny way of talking is growing away. This, friends, is called a daughter. // And what, for us, is called a long-distance relationship? If there are friends, or any two people separated purposefully by a distance, whose history of interaction is characterized by misunderstanding, frequent fighting and interpersonal pain, such that the factors of their differences of age, culture, their styles of temperament and the scripts they were taught (in which they may seem imprisoned) have exercised them to a distance, of say eleven hundred miles, and who, despite compatibilities, and because of incompatibilities, find themselves frustrated yet willing to try. This, friends, is called a long-distance relationship. // And what, at last, is called a notebook? If, friends, there is a road through emptiness, a sea sewn to a spine, placed on tables, laps, or on the passenger seat of a car, used for palliation in a wash of disappearances, in haphazard recording of minutiae, road conditions, the recording of road condition and aggregates of thought that occur while driving on a condition, the invitation of emotion and radio, the notation of sign, a setting down of compendious or incidental note, in the grammars of back and forth going, the traveling from period to period, the coming from west to west, a sending between, a going in weather, whether between Illinois and Rhode Island, whether Normal and Providence, or between any several places normal, providential, for the purposes of trying to be happy, or of saving one's relationship, with one's estranged partner, or of seeing one's small daughter, during a separation, or of seeing her during a divorce, or of seeing her, during her swift youth after a divorce, or of driving to participate, even briefly, in the life of a sadder and less buoyant daughter, a little daughter, who is brave, who puts her chin up, who is kind, who only wishes to be happy, whom one cannot find a job near, for the recording of any elemental time of alienation, for the chronicling of any emotional pain, evoked by any unnatural distance, from a small daughter, one might love, with all one's understanding, such that, by a collection of scrawl, in an accrual of insight, some use be invited, to recollect painful things, that they may not become misery, and the refusal, to be steered by pain, or to recollect, and in fact insist, the living, with awareness, to joy, to recollect this way, for a daughter, when she is grown, or for oneself, or for anyone else, who may have found, to whatever degree, in this place of orphans, this endless humility, in our sorrow for lost homes. This, friends, is called a notebook.

## [There can be no *pastoral* as long as there is a slaughterhouse]

There can be no pastoral as long as there is a slaughterhouse. // It is in the basement of all oppressions // and at the ignored forefront of every assertion / and definition / as to what "nature" is. // The front and back of every face is conjoined / by the foyers of slaughterhouses. // When you consume the muscles of animals / your anus is a tunnel to the slaughterhouse. // If you eat any part of an animal / your rectum is an atrium of the slaughterhouse. // The beginning of the wilderness is the end of the wilderness / as long as there is a slaughterhouse. // At wherever the frontier clasps a bush or a star / on the top of every peddle of every bicycle, / there is a slaughterhouse / inside every sack of intestine, on every piece of piss, on every monocle, on / the aerosols, on each puddle, at the sled, on the back of the jam / jar, in the folds of your vulva, at the end of your penis. / It is on your candy. // It is present in every little collection of beetles and in the air / bringing the dusts of other counties and of distant states to them. // We carry the slaughterhouse as a mouse would carry Tibet. // I cannot think of the slaughterhouse without being launched from my brow. // I cannot think of the slaughterhouse without leaving through my knees. / The sheriffs are naked, the sun doesn't let us kiss, the clouds will not let us cook / the swales and oxbows and sloughs will not invite us / we cannot fully watch the spangled pond / you cannot see the streaming / you cannot feel the rapid // you cannot say a name // or sit // you cannot love bugles / or understand a calendar / as long as there is a slaughterhouse. // The animal should have cinders for snot, scabs for shoulders, we should not spend time with it, let it have velcro for hair so that it will stick where we put it, the sheep will shit its body directly into cellophane, the chicken – you will not love it – shall be born in a feather factory, much of the cow should sound in the drains – and the calf can't follow its eyes through its childhood. // And the piglet just sees another farmer / balancing the world's thermostat on the end of his dick. // It's body should be a balloon of protein, its ears and tails are cut away as ballast, its testicles will be taught to read, horns burned, the being in the animal fully sensate, its scrotum is crushed and who needs its little face to be shouting. // I am not asking us to go patch the foxes at the roadway / I am not asking us to exduce along the earth, by electric sled, / suet, bath, shed / brass, death / or pump the stars / back into the telescope. // Come out of the human political. / We really are ethical misers when it comes to other beings. / Poems are pretty aren't they?

## Dear animals

Many of you do not have breasts. That is undeniable. I think immediately of amphibia, the reptilians, birds—none of these possess breasts, or anything upon which a nipple may be mounted. I for instance have no fur. // I understand many of you have penises. A great many animals possess and are fond of their sexual organs. Some of you however do not reproduce sexually and are hence devoid of genitalia. For many of your species, I understand that in some cases your males may have penises whereas your females may not have breasts at all. Furthermore, I completely realize many of your species do not engage even in sexual reproduction. Though you and I have very little in common, and I find your bodies disturbing, I must say that despite your biological distance from me, you and I ought perhaps to have some coffee, should you drink it—or possess a mouth. // What's more, I know that many of your penises are odd, your vaginas strange, and your faces long, flat or otherwise with horns. I notice none of you wear watches, whereas I gain distinct pleasure from a new watch at night when, adrift in blackness, I wake without temporal reference in the distant AM and press the "indiglo" button of my wristwatch, illuminating the tabula rasa of my face and the hour in a feeble yet crisp "space age" light. This is a totally human delight. Yet you must have your own delights, like honking in a pond or looking at your hooves for hours.

Sincerely,  
Gabriel Gudding

### *Non Flumen, Sed Orbis*

Our illiterate jovial relations with the earth, development of Labia, function and prettiness of. Labia, development through time: how the labia of your ancestor may become the jowls of yr grandchild. The need for a prosperous, if desultory, trade-agricultural world. The ocean – its unorthodox nature; the sea, a complicated doily of forces at the center of the universe. Why the sun semaphores inside its own alphabet, why the floor of the pond was hoisted onto the grease of the solar system. // Outside – its nature. What is “to be outside”; partly to expose the dermis at sensations caused by moving air, damp from rain, dew patina, biofilm and sunpound, impact of small object borne by air current, the subjection of those membranes that produce mucus (mucus – a viscous colloid containing antibiotic enzymes) composing and surrounding the eyeball, nose, mouth, sometimes anus and genital, to the webwork of twigs, boughs, muds, animal leavings, the rusting of filaments, foisting of hair, threat of bodily attack, exposure to dust, inhalation risk, pollen fume, the floating of genetically modified spores, is to feel the world without a house or other anchored or otherwise heavy climate-controlled integument containing seats, beds, desks such as building or vehicle into which we otherwise insert our bodies individually or en masse. // How there is no end of beds in the solar system, magniscient waters swaddled in cambium and chained with antic, esculent meats who collect the chunky impediment called food. We imagine the landscape as an asymptote filled with ejected things. How geese sound like pleasant and anxious dorks. Dissolution, its nature: how most corn, weather, cow, comes at us in pieces, how rain, divided to thousand of pieces, coalesces to one piece of river, water mass of liquid distended to cohesive slab of rain slipping through hillside in which is suspended a brambledom of dissolving animals. Ayn Rand – her retarded nature. Immunohistoriver, cell rill, Twain and the demise of river life. The wrecking of Illinois by supermarkets. The old kosmos of the river – its absence; “non flumen, sed orbis,” pantarhei. Meat as condensed sorrow. Sorrow, its totalized relation to agribusiness.

### **Orchard**

Just beyond a large basswood copse outside Moorhead, Minnesota, an immensely stupid man named Andersen had buried one end of an antler in the soil of the Red River Valley, hoping to grow a deer. That fall he looked down and saw a buck huffing in the garden plot, buried to its neck, its great chest breasting the soil. Andersen sd oh-oh’s and ha-ha’s, the alarmed deer struggled to get out, humphing and oomphing. Soon Andersen had an expansive orchard of deer. // The deer in his orchard all faced one way. They stood at attention, always, the deer – as do children when a teacher barges through a door. They were as porpoises cresting a buried delta, each antler a stiff, ligneous spout – the knots of bone-pine rising from some blowhole deep in the fur and lodged on the skull-bone. At times in the fog they resembled overlarge chickens or chihuahuas with bailing-wire hairdo’s; sometimes in the dragonflies, they seemed gull-honked frigates, and always, though, their buried chests were oaken casks, the tension in them ageing. // Now, the skin of a porpoise is made of vegetal matter and not meat matter; and, just so, is the antler of deer not bone but wood matter. For a buck at his head is half tree, whereas only at the hips is he a creature who defecates. Of course we know that bushes and trees do not dung. Neither does a weed fuck nor a burdock kiss. Nor will a grape dismiss a comrade with a shrug or turn sternly on its vine and commend the vintner on cultivating its rubicund friends. No, the shrub dares not poop lest she be considered a nuisance and disposed of. Moreover, were I a shrub I would not dung, as a shrub is incapable of moving away from its feces. Defecation is really an activity for mobile creatures. And so these deer, being fastidious and stationary, refused to defecate, their faces set hard with the strain of refusal, until they eventually exploded, Andersen weeping, one after another, deer upon deer detonating, like so many domes on a field of bubble wrap.

### **[We think a car just drives there]**

We think a car just drives there. But there is a fuel and islands we cross. And particulates rise away from these. The tires in factunspool, aerosolized dots of rubber tape themselves down besiderocks that’ve traveled from the past into the days when a driver dies and those who are reading about the driver die. The driver moves, // Ring road, service road, the alley, diametrical street, the milk road, the night trees are astral nets, cul de sacs, the bodies of planet are collected there, their balls cast brightly through the shaking map. The driver moves. A farm near Whitney under the sky. // The car is on the plains. The car and the buffalo are the anode and cathode of modernity. When the bullet found the old tublike lives of the bison. When the bullet was disjected from the Sharps rifle, foot-pounds of pubescent meteoroid assumed a nest in the wattage of its heart, an odd death puffed in the stuffings of its legs. Beyond its barrel the whole west was soft. The animals stood there. Mouths flew from the orifices of the other bison, as if asking the east to just come and eat them from this horror. From the ship of the bullet we can still see the old lives of the world. I see people bicycling at the edges of storms. Beyond them, there are busloads of pus still coming out of the bison. It makes the river a blond bench. It becomes the railways. The driver moves. // You are approaching a lake again, like a river wd. Or like a hill of wood wd. In your car. It’s your car. Not your friend’s car. Not your friend’s lake. It’s not your lake. It’s the present lake. Even the titular owner of the lake, the state, has no owning of this lake. No one owns this lake. It’s enhanced with farm run-off. It has farms in it. The farms don’t want the lake. The state owns the lake but the farmers can be sued by the lake’s swimmers who are hurt in it, so the state bears laws to abdicate responsibility for the lake. It is not in the public commons. There is no public commons. There is no public. The air is not public. Not even the outside is public. The sun[g]light is not public. Who owns the sounds of cars. Not even sounds are public. Do we each own the sounds of our own cars. Do we each own the sounds of our own movements, the smells of our own families. Rap with your car the lake. Knock it once. Freshen it with the sound of the car. It is “fresh” now, with the f and the h being at the ends of that word. // I saw the bison being swung outward by the bullet, it is still there spinning above the west, a stuffed horned asterisk. Its brain is a desk. Its eyes somehow still insensibly closing and opening. // We see a car. We think a car just drives there. The world resolves to meet it. We see how it proves the elasticity of roadway, the arrayed elasticities of wheat stems. How sweet and warm the places of the soil are. The corporal hills, urine which moves from the animals. Milk in the squirrels. Nouns in the adequate flax. How darling are mammals. They are not little shows freighted with pain and anchored all around us. They are freighted with pain.

## Ahmel Echevarría (La Habana, 1974)

### Cadáver exquisito

*Oíamos entretanto la música, acompañada del  
piafar de los caballos. Un modo de eludir las  
enojosas preguntas.*

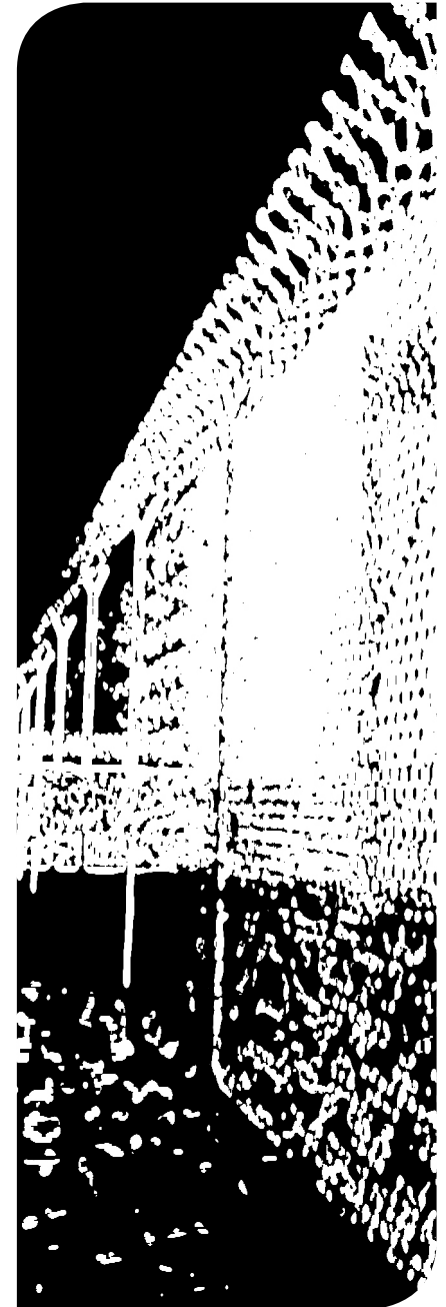
“¿Se dijo?”, VIRGILIO PIÑERA

Anoche soñé una mañana de diciembre. Una fresca mañana en la antigua Plaza Cívica. En mi sueño, el paso marcial de soldados y el lento avance de la vieja maquinaria de combate. Tras el estruendo de los cazas, se dividió el tumulto alineado frente a la Biblioteca Nacional. Y lo que mantenía en ascuas a todos irrumpió en la avenida. Mi padre (atónito) se rascó la testa y dijo: “¿Qué carajo es eso?”.

Anoche soñé un ataúd, abandonaba la Biblioteca Nacional. La madera no brillaba a pesar de ese sol que casi todo calcina. Era un viejo cajón. Acompañado del sonido del roce de las tablas contra el asfalto, siguió deslizándose hacia las carrileras interiores de la avenida. En aquella mañana de diciembre, por la senda interior y dejando un fino rastro, el ataúd pasaría frente a la antigua Plaza Cívica.

Anoche soñé a mi padre, atónito observaba un ataúd. El féretro seguía el mismo recorrido de los mambises a caballo, el yate rodeado de pioneros, pelotones de cadetes y soldados, tanques, lanzacohetes, obuses, anfibios. Pero en mi sueño la caravana se alejaba rumbo al litoral. ¿Mi padre?: su pellejo como piel de gallina al escuchar los cruji-dos de las maderas del viejo cajón.

Anoche soñé una avenida bajo el duro sol del Trópico. Sobre el asfalto, el rastro que dejaba el ataúd se hacía mayor. A pesar del lento avance, las tablas cedían y terminaban esparcidas en el pavimento. La tapa rodó. Y cayó. Y fueron las piernas las primeras partes del cuerpo en quedar a la vista





de todos. Eran largas, flacas. Era blanquísimo el pellejo del muerto.

Anoche soñé un cadáver tendido frente a mí, frente a mi padre. Las pocas tablas que mantenían el cadáver a medio cubrir se desprendieron. Era un hombre delgado, sepultado sin ropas pero sí con espejuelos. Sobre su sexo una hoja. De parra. Marchita. No demoró en ser barrida por el viento. Amortajado, con sus bracitos en cruz sobre el pecho, quedó completamente desnudo. El muerto se deslizaba sonriente.

Anoche soñé una larga pregunta. Tan pronto el hombre quedó a la intemperie toda la piel comenzó a oscurecerse a un ritmo mayor que la deriva. Sus piernas se tornaron rígidas (no la rigidez de la muerte, porque el muerto parecía tomar el sol). A la piel la fue ganando una rugosidad carmelita. Pétrea. Oíamos entretanto la música, acompañada del piafar de los caballos. Y emergió un hilo de agua entre las piernas, oídos, boca, axilas. Una vez que el agua terminó de cercarlo batió en furioso oleaje. Del pecho brotó un nuevo hilo de agua (encontró cauce sobre el vientre y se arremolinó en los vellos del sexo, en una cascada se mezclaría con ese pequeño mar que rompía en los límites del cuerpo). Con la humedad nacieron árboles y hierba a lo largo de los brazos. Entonces escuché un suspiro. Era mi padre. Un largo suspiro.

Anoche soñé la sonrisa irónica de mi padre. Se mesaba las pelusas de su testa y decía: “Después de los árboles y la hierba vendrán las flores, ¿no te parece una pésima metáfora?” Desde la avenida llegaba el rugido del pequeño mar (batía contra el arrecife formado alrededor del muerto), y el sonido del follaje (lo sacudían las rachas de viento). El cadáver estaba tendido bajo el cielo como suelen estar tendidas, al sol, las islas.

Anoche soñé una isla. Una pequeña isla en un largo sueño. Se deslizaba frente a la antigua Plaza Cívica. A lo largo de la avenida se veía el rastro de la isla que antes había sido un hombre amortajado. Decidí seguirla. Y convidé a mi padre. Sobre el

asfalto las plumas (largas, rosadas, plumas de flamencos), espinas de pescados, ramas de albahaca, semillas de aguacate. Sentí ruidos de animales (el graznido de una bandada de cotorras, el canto del gallo, el grito de una puerca). Y aromas (el suave olor de la lluvia, frutas podridas, la tierra húmeda, mariscos, el nauseabundo vaho de los excrementos). Y sentí el perfume de la piña. Entonces vi una bandada de pájaros. No sabía si el perfume de la piña podía detener el vuelo de un pájaro (la bandada de aves comenzó a volar en círculos).

Anoche soñé el arrecife. Nos acomodamos, mi padre y yo, sobre el *dienteperro*. El cadáver era verdaderamente una isla (un pedazo de tierra, vegetación y mucha agua, agua por todas partes, tal como suelen estar rodeadas las islas). Flotaba en una aparente deriva; una cenefa de mangles comenzaba a crecer a su alrededor. Con un poco de paciencia veríamos, mi padre y yo, la caída del sol en ambas islas.

## Una noche, finales de septiembre

Una mujer arriba al parque, camina frente a un hombre que bebía una cerveza. Delgada, ceñidísimo vestido rojo, cabello a lo garzón. El parque iluminado.

Mientras en la ciudad (en casi todo el archipiélago) queman maderos (bullones para cocer viandas, especias, cabezas de cerdo), sentado en un parque el hombre respira aquel olor primario (ancestral aroma del abrigo, la cena, la danza, la ira). No muy vieja tradición aquel decadente jolgorio. Festejo de vecinos. Brindar, hartarse del ajiaico en honor a unas siglas cuyo tamaño disminuye según crece la población (del archipiélago). Bailar, sudar, al unísono descreer de ese órgano (político) injertado en el barrio. El hombre que bebía una cerveza desde su banco pone la mirada en las carreras de los niños, ve a los adultos vigilar el fuego (la cocción), y abandonarse al escarceo, la danza.

Allí, donde el cuerpo se expande y diluye, no hay meridiano político. Allí, donde el cuerpo miente y trafica (sobrevive), el Gobierno es un triste relato de contornos, fechas y figuras difusas que solo balbucean. Allí, donde el cuerpo se aparea (goza, aniquila, come, defeca) solo hay espacio para una verdad travestida en eterna simulación.

Una mujer arriba al parque, elige un banco a pocos metros y detrás del hombre que bebía una cerveza. De plástico blanco el reloj en su muñeca. El parque iluminado.

Mientras en la ciudad (en casi todo el archipiélago) atizan maderos encendidos (tiznados los bullones; viandas, especias, cabezas de cerdo se rinden al hervor), sentado en el parque el hombre respira aquel primario olor (ancestral aroma del abrigo, la cena, la danza, la ira). Un hombre bebe en soledad una cerveza y no es simplemente un hombre solitario. Es un animal político. Aunque en su cabeza no haya trazas de ningún programa del Gobierno, está sentado a cierta distancia de donde cruzan esos meridianos. En su infancia, el hombre sin darse cuenta fue largamente observado por otro hombre que bebía, y también vigiló el fuego y se abandonó al escarceo, la danza. Allí donde su cuerpo se expandía y diluía no recordó meridiano político. Allí, donde su cuerpo sobrevivió, el Gobierno era falso relato fidedigno de contornos, fechas y figuras definidas. Allí, donde su cuerpo se apareaba (gozaba, aniquilaba, comía, defecaba) solo había espacio para una verdad travestida en eterna simulación.

Una mujer arriba al parque, el hombre que bebía una cerveza ya lo advierte: de los dos ninguno espera compañía. El parque iluminado.

Mientras en la ciudad (en casi todo el archipiélago) menguan los maderos encendidos (bullones vaciados tras larguísimo hervor), sentado en el parque el hombre escucha una melodía. Golpes de cuero y cornetas soliviantan cabezas. Mantra jarañero. Se le antoja primario aquel sonido (melodía ancestral del abrigo, la cena, la danza, la ira). Con-


ga tiránica, apenas deja opciones a quien atraviesa el parque, a quien lo ha elegido al decadente jolgorio de finales de septiembre; ningún meridiano político la atraviesa, tampoco a los enfebrecidos cuerpos. El hombre que bebía una cerveza (animal político), prefiere convocar la soledad de una mujer vestida de rojo, invocar junto a ella una verdad travestida en eterna simulación. Pero una mujer que no espera compañía en un parque, tampoco arrastrada por la conga, es un animal político. Sobrevivirá cualquier relato de contornos, fechas y figuras definidas (incluso uno de índole privada), porque en él habita el ancestral aroma y el sonido del abrigo, la cena, la danza, la ira.

Una mujer arriba al parque, el hombre que bebía una cerveza ya lo advierte: ella (aparentemente) no lo ha mirado; es cierta la distancia, el silencio, el parque iluminado.

## **Las amargas lágrimas de Friedrich Nietzsche**

Huir a un trozo de tierra anclado en la deriva. Era doble el calor sobre y debajo del pellejo curtido, por el salitre de la mañana y la tarde, en una playa de arenas negras. De regreso a la ciudad dos mujeres y dos hombres picados por inverosímiles pulgones de mar. En la bolsa de una de las chicas dos estrellas abducidas del mismo mar, agonizantes. Un lento viaje en el carromato tirado por un caballo y su cochero.

Refugiarse en un pedazo de tierra colgado al sur de la isla mayor que la contiene, transcurría el siglo XXI. Renegridos a fuego lento, rientes en medio de la charla, dos mujeres y dos hombres viajan en un artefacto del XIX. Los gritos del cochero, el paso acompasado de los cascos rematados en acero y los chicotazos de la fusta atraviesan las miradas, los tragos de Havana Club a pico de botella, el diálogo, la carcajada.



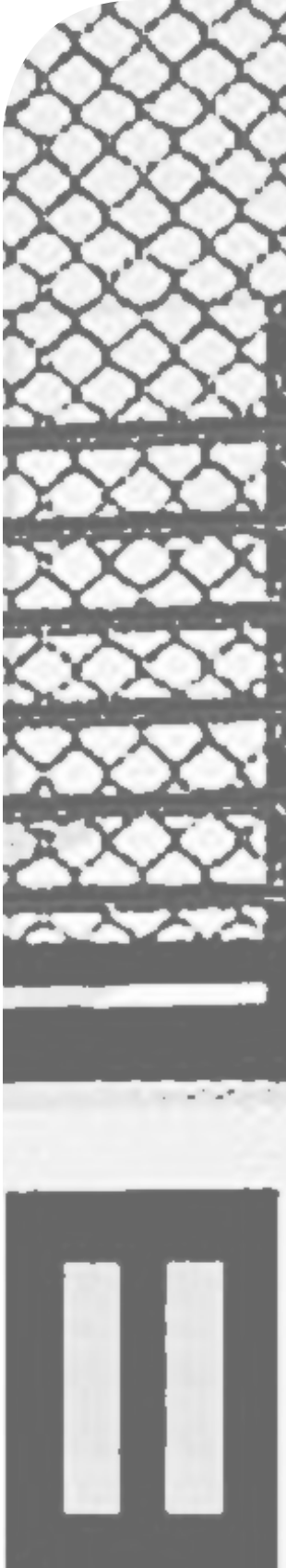
Pagarse un boleto, aprobar el examen de la Aduana y veranear en una isla casi infecunda. Dos mujeres y dos hombres interrumpen el escarceo y la risa tras cada latigazo; en el otro extremo el caballo suda, babea, hace cada vez más lenta y errática su marcha cuando al pellejo lo martiriza la fusta. Saliva en finas gotas, como saetas del cochero en cada imprecación, se encajan en el lomo de la bestia.

Abandonarse en una playa de agua llana, tibia. Nadar en cueros a la vista de nadie. Amancebarse a pesar de la picada de inverosímiles pulgones, entre sargazos, peces, estrellas de mar. Tumbarse en la duna y esperar al cochero. En el viaje de regreso se desmontará: el puño en recio swing contra el carrillo, la mano abierta pegando al cuello de un animal que incluso el picor del látigo no anima al próximo paso.

He aquí el hombre de rostro anodino y espejuelos (uno de los que había escapado a esa isla también sometida por huracanes, la indolencia): en una tarde de agosto baja del carromato y se abraza no al cuello del animal casi desfallecido, sino al del cochero. Le dice algo al oído, le mesa el cabello antes de enjugarse los ojos. También indaga en las miradas de los que, extrañados o impávidos, viajan con él.

Veranear en una isla anclada en la deriva. Dos mujeres y un hombre caminan en silencio tras los pasos de otro hombre. Suda, el torso desnudo, cristales de sal en el cuerpo. Detrás, en la contraluz del ocaso, la silueta del caballo, el cochero, el carromato. He aquí la nariz del hombre: tendrá en los pulmones el cetrino aroma del pellejo azotado, el acre del latigazo, oxígeno, la firme voluntad de un cuerpo derrotado.

En la ventanilla el hombre ve alejarse el trozo de tierra, las gaviotas. El salón refrigerado transfigura el rumor de la bahía en la comedia multiplicada por televisores empotrados en el techo. Algunos pasajeros ríen, otros conversan, comen, duermen. Tras el pago del boleto y el examen de la Aduana cruzará el Golfo de Batabanó. Regresa de su huida, en silencio, de una isla a otra isla también anclada en la deriva.





**Oscar Cruz**  
(Santiago de Cuba, 1979)

**Guantánamo escrito**

cuando supe que en la Base matan  
con *Dryboarding* (muerte por asfixia),  
pensé en los reclusos

talibanes,  
yemenitas,

que allí se estaban.

pensé sobre todo, en mi hermano José  
que no es un talibán ni un yemenita,  
pero vive en el Caribe,  
un Reparto muy distante de la Base.

pensé y no lo niego, en mi hermano,  
que muere diariamente por asfixia.

**El poder**

si me fuese concedido EL PODER  
que antaño poseían Generales & Doctores  
y que hoy es conferido a Funcionarios  
& Ladrones

no querría para mí

autos potentes  
casa en el lago  
ni una retahíla de mujeres

querría designar a seis o siete que conozco  
con los cargos subsiguientes:

MINISTROS  
ASESORES  
AGREGADOS  
y  
ENVIADOS (de Buena Voluntad).

les pondría en sus agendas muchos viajes,  
y también algún dinero

solo por el hecho

de no encontrármelos

jamás.

## HBO

de toda la Basura que consumo  
poca me aprovecha tanto como “Viernes de Combate”.  
busco cada jueves El Paquete para ver lo que me trajo.  
tres o cuatro de las buenas no está mal para La Nada  
que campea en el Condado.

busco intensidad en un programa  
que reforma mi Piedad.

veo sangre — quiero más.  
veo fintas — quiero más.

“Viernes de Combate” tiene, la mazamba de mi tiempo:

Nonito Donaire  
el Chacal de la Maya  
el Ciclón de Guantánamo

poetas concisos  
que reforman mi Piedad.

hay otros que prefieren a las ratas comelibros  
que van regando su baba en los programas de ciudad.  
otros se echan sin pensarlo a la *mer* de las novelas  
y se envuelven en lo rancio de una vida residual.

a mí lo que me gusta es el *Punchstat*  
y todo lo que sea para el bien de una poesía  
que no quiere para sí un fundamento de niña  
que juega a reformar a sus muñecas.

## Plus Hogar

en una máquina COFLY  
lavamos cada domingo nuestra mugre de la semana.  
la ropa que en el cesto acumulamos huele a LABANDA.  
no  
el aceite esencial que los franceses  
añadían “al Vinagre de los Cuatro Ladrones”,

como protección contra la Peste.

no  
el espliego de tallos leñosos y flores moradas  
que desprende un aroma intenso y refrescante.

no.

les hablo de LABANDA  
que habla y macula y opera contra ti todo el tiempo.  
LABANDA que almacena en su cabeza tanta feca  
que no logra admitir a los demás sin ese peso.

cada domingo, nuestra máquina dotada  
de seis movimientos diferentes:

refriega,  
desenreda,  
comprime  
y golpea  
con el agua  
todo Eso.

es entonces que percibes el oscuro lavado.  
observas cómo el agua que al principio era clara  
comienza a ponerse negra  
y ves  
cómo se mezclan con la ropa

las sucias ideas,  
los bajos pensamientos,  
las miserias que has tenido  
que cargar.

gracias a esta máquina  
podemos realizar nuestro ejercicio de limpieza.  
llegamos limpios y olorosos al día que inaugura  
la semana  
para comenzar conscientes el eterno ritornelo.

es un ejercicio que he aprendido a disfrutar,  
solo que al decir de mi madama, consume demasiado  
detergente.

## **El matador (un estudio de caso)**

dice la Doña que yo tengo “Delirio de Grandeza”,  
que no entiende cómo voy “Sin Medio” hacia el mercado  
y le ordeno con firmeza al carnicero:

“Pésame esa, matador, pésame esa”.

sé que no poseo ni “Este Medio”, pero no logro superar  
la sugestión que ciertas cosas ejercen sobre mí:

pernils,  
zapatos,  
zutanejas.

la Doña lo que ignora es que padezco  
“Delirio de Pobreza”, “querer y no poder es la pobreza”.

nacido y criado en el barrial de Marimón,  
conozco la poesía y la pobreza.

me busco lo mío y me divierto.  
me creo lo mío y me divierto,

sobre todo cuando llevo a la Doña hacia el mercado  
y veo la carita que me pone, al ver cómo le ordeno  
con firmeza al carnicero:

“Pésame esa, matador, pésame esa”.

## **El Mal y la Montaña (Apuntes para una Teoría de la Invasión)**

la Montaña  
y todo lo que ella  
representa.

la Montaña  
tal y como fue: sin vacas  
sin Reginos ni rebeldes.

la Montaña  
que yo sigo y que me sigue  
y que extendiendo tras de mí  
al caminar.

miro en dirección del Basurero  
y sé que por allí se extiende  
la Montaña.

es un privilegio haber nacido  
y vivir en un lugar tan cercano  
a la Montaña.

nada como un sitio  
que cada día asciende un escalón  
en el camino de su propia decadencia;  
una región cada vez más provinciana,  
gobernada por equipos sucesivos  
de incapaces.

hace varios años subí a la Montaña.  
vagando en sus praderas  
conocí a tres o cuatro montañeses  
que de tanto creer en la Montaña  
perdieron el juicio y la vergüenza.

no hacían otra cosa que cagarse.  
otros venían y enlataban y hacían  
plusvalía aquella mierda.  
hombres decididos a morir o prosperar.  
juntos escribimos un poema  
que describe el modus operandi  
de ciertos cagadores encargados  
del verdor en la Montaña.

el poema llegó hasta el despacho  
de Magníficos Decentes  
que pronto la tomaron con sus tropas.

el hecho trascendió como “La Toma de la Montaña por los Decentes”, un hecho que hace las delicias de los críticos de hoy. no se sabe qué pasó con aquellos cagadores. lo cierto es que cambió la concepción, de pronto se veían en las calles gordas vacas y tres o cuatro neorrebelde con los cuales compartí aquel poema.

ahora sí da gusto ascender a la Montaña, contemplarla como es, aunque sepas que no es más que una extensa mentira verde, demolida y puesta a funcionar en el poema una y otra vez.

pero como el tiempo ha consagrado a la Montaña, como el pueblo no podría vivir sin la Montaña, sería peligroso suprimirla de una vez. dejemos de momento intacta a la Montaña, solo con pequeñas correcciones.

no sea que por culpa de un poema los Decentes nos ataquen otra vez.

## Lo que cuenta

lo que cuenta es estar parado ahí, en el borde de las gradas. los perros frente a ti ladrando. perros entrenados en el arte de matar. perros welters con más de treinta libras. (me gustaba estar ahí). la gente que viene a estos lugares resulta interesante. gente desahuciada con un rostro sin vida.

gente que viene por amor: amor a los zapatos, amor a la ropa, amor al desastre; y el desastre con su fuerza comenzaba a interesarme.

los perros en su esencia eran bellos. más bellos que mis padres, más bellos que Dios. tenían rojas lenguas y una forma masculina de babear. sentí que mi vida estaba ligada a aquella baba, a aquella forma envilecida de mirarse. entonces saqué doscientos pesos y se los puse al perro-nadie, un perro que nunca había peleado y que lo haría contra uno que sumaba dieciséis. un perro invicto y secular como un gobierno. comenzaron a matarse, las bocas producían hechos de sangre. instantes de duro placer. perros que peleaban por lo posible y lo imposible del hombre. miraba las gradas y veía rostros brutales de gente enajenada, feliz. gente apostando a un cachorro sin vida. al cabo de varios minutos el perro al que había apostado ganó. subido encima del otro ladraba una y otra vez. lo cargaron como a un héroe y volvimos en turba a hacia la casa. íbamos callados. escuchando cómo ríen, cómo hablan los que ganan. esa tarde supe lo que era un perdedor. vi al perro derrotado en una jaba sobre el borde del camino. qué importa que hubiera ganado dieciséis. la gloria en estos sitios dura poco. y eso es lo que cuenta. poco amor o poca vida no es tan malo. lo que cuenta es saber que has apostado, que has venido en la turba a darle diente a la carne envejecida del amor.



## Jorge Enrique Lage (La Habana, 1979)

### Hall of Fame

Como es natural, ahora los márgenes de la autopista se van llenando de gasolineras, talleres, cafeterías, restaurantes, moteles, tiendas de bisutería y souvenirs. Coast to coast. Una franja de civilización, una cinta aislante entre la autopista y el desierto.

Todos salimos ganando.

El Autista y yo encontramos trabajo rápido en un fast-food. El negocio está empezando, así que por el momento vamos a ser los únicos empleados. De más está decir que no sabemos hacer nada.



—Se ve que ustedes son unos tipos trabajadores —nos dice el dueño—. ¿Les gusta la pelota? A mí todo el mundo me conoce como el Pitcher.

El interior del local está decorado con fotografías de peloteros famosos, medallas, trofeos, banderolas, emblemas de diversos equipos, uniformes e implementos de juego. Pero es una decoración incipiente. Más que un restaurante parece un almacén.

Se suponía que el neón de la entrada dijera EL PITCHER FRITO, pero por un error o por falta de presupuesto o por otra razón que se nos escapa fueron abajo las letras T. El neón dice: EL PICHER FRIO / Abierto las 24 hours.

En el parqueo del restaurante, ponemos la cámara frente al carro y de pronto el carro se despierta, los faros delanteros son grandes ojos que pestañean:

—¿Qué piensan hacer? —pregunta.

En eso llega el Pícher Frío:

—Los estaba buscando... Eh, ¿un carro que habla?, ¿cómo es posible?

—No me preguntes a mí —dice el carro, y vuelve a cerrar los ojos.

—¿Está... vivo? ¿Cómo es posible? —insiste nuestro jefe.

—Le pedí un deseo a un Genio —explica el Autista.

—No, no puede ser.

—Es cierto —confirmo yo—. Fue el tercer deseo.

—No existen los Genios. Ni la magia. La fantasía no existe.

—Probablemente no —admite el Autista.

—Pero ahí está, increíble... Me han dejado frío.

—¿Con este sol? —murmura el carro—. Eso sí que es increíble.

Es absurdo pensar que mucha gente famosa va a poner un pie en este restaurante. No tan absurdo es pensar que, de vez en cuando y cuando menos te lo esperas, alguien se va bajar del carro para comerse unas papas fritas con ketchup antes de seguir camino. Y aquí estaré yo, listo para identificar entre los clientes a quien sea necesario para el documental. Un trabajo parecido al de coolhunter. Cazar gente famosa que quiera hablarnos, y después editar. (Es mejor que no sean peloteros).

La versión autista, la versión local del coolhunter: haz lo que puedas con lo primero que te encuentres.

Algo así:

—Disculpe, señor, ¿le molestaría hablarnos un poco de la autopista o, si lo prefiere, de cualquier otra cosa?

Y de buenas a primeras el señor, cuyo nombre es Christopher Arendt, un tipo canoso, cansado, gastado, levanta la vista de su comida, mastica un poco, rumiante, cauteloso, pensativo, y dice:

—No llevo diez minutos aquí, y ya estoy pensando en Guantánamo.

El Autista me indica con un gesto que acerque la cámara a la mesa.

“Me gustaba trabajar en el turno de la noche, porque cuando estaban despiertos, lo único que quería era pedirles perdón. Mientras dormían, en cambio, yo era capaz de ir y venir tranquilamente por los pasillos”.

“Era siempre el de la última celda. Todos los días, a las cinco de la mañana, él era quien comenzaba la plegaria. Cantaban. Cantaban juntos. Todos los prisioneros se despertaban para cantar al unísono esa canción increíblemente hermosa que nunca pude descifrar y que todavía hoy suena en mis oídos. Es escalofriante escucharla”.

“¿Han oído hablar del Campo Delta? El Campo Delta se encuentra en un acantilado frente al mar. Yo nunca había visto el océano antes. Crecí en Michigan, en un tráiler, en medio de una plantación de maíz. La belleza que encontré allí, en el Campo Delta, era algo que estaba más allá de mi capacidad de comprensión”.

“Cada día caminas por ese pasillo. A cada lado hay una fila de veinticuatro celdas. Cuarenta y ocho prisioneros. Los alimentas. Si se ponen violentos, los rocías con un spray a base de petróleo. Después vienen cinco guardias para molerlos a palos”.

“Había comprado suficiente porno antes de venir a Cuba. Terminé rompiéndolo todo. Empapelé la pared con páginas de revistas y carátulas de DVD. Mi madre me había enviado calcomanías de dinosaurios. Cubrí las partes más íntimas de las chicas. Culos, vaginas, pezones. Me pasaba horas contemplando dinosaurios”.

“Amarré una soga al ventilador de techo de mi cuarto para ahorcarme, pero el ventilador se zafó. Eso fue dos meses antes de volver a casa”.

“¿Si extraño algo? Extraño los vasos. A los presos se les permitía tener unos vasos de poliuretano; en ellos dibujaban y escribían. No estoy familiarizado con su cultura, pero puedo decir que nunca dibujaban la figura humana. Y por supuesto, jamás entendí lo que escribían. Eran como extrañas obras de arte o de cómic, muy concentradas; entre escritura y dibujo cubrían literalmente los vasos. Luego nosotros debíamos quitárselos y enviarlos a la oficina de Inteligencia. Yo amaba esos vasos”.

El Pícher Frío resopla. Luce mareado. Ahora me doy cuenta de lo parecido que es físicamente a Christopher Arendt. El Autista opinará más tarde que son más o menos la misma persona.

El Pícher Frío le ofrece a Christopher Arendt un

Happy Meal para llevar. Va por la casa. En un acto reflejo, Christopher revisa la bolsa.

—Falta el juguete. El Happy Meal debe traer un juguete.

—No tenemos. I'm so sorry. ¿Aceptas una pelota firmada?

—...

...y Christopher Arendt regresa a la autopista y el Pícher Frío nos pide que apaguemos la cámara. Ya lo hicimos. Se veía venir. A los pocos segundos rompe el hielo. Resulta que él también estuvo en Guantánamo.

Como el documental es sobre una autopista, el Autista pensó que lo más natural sería contar con la perspectiva de un carro.

Dice el carro:

—Yo no tengo perspectiva ninguna. Mírenme. Estoy inmóvil en un parqueo debajo de un sol criminal. Un sol que taladra. Un sol que se arroja encima de ti como un meteorito envuelto en llamas. Un sol que te hace odiarte a ti mismo. Mis ojos son

de plástico, por lo que he podido mirarlo de frente y he visto cómo lo disfruta. Sol sádico. Sol a full. Siniestro sol total. ¿Se han preguntado ustedes por qué les pusieron arriba este infierno de sol? Qué hicieron para merecer semejante castigo, eso es lo que yo quisiera saber. Tráiganme cubos de agua. Muchos cubos de agua. O mejor, tráiganme los cubos de pollo. Puedo freír todo el pollo que quieran en el capó.

Le pregunto al Autista si esa es la perspectiva que necesitamos.

Recuerda los entrenamientos. Duraban siglos. Cuando estaba lanzando, llegaba un momento en que se olvidaba de sí mismo y de su brazo. Ni siquiera sentía el contacto de la bola en la palma de la mano. Todo desaparecía, incluyendo la maldita bola. No había nada en el mundo más allá del catcher agachado ahí delante, a quien ya miraba como si fuera una mancha molesta en su campo visual, una forma de contornos desdibujados. De vez en cuando, una tos o un comentario sarcástico a sus



espaldas hacían reaparecer en el pasto las sombras de los entrenadores de pitcheo. Luego salía de las bocinas una voz salvadora:

“¿Cuántos lanzamientos lleva?”.

“Doce mil quinientos cuarenta y tres”.

“Perfecto. Prepárense para interrogarlo”.

Más tarde, en el albergue, su cuerpo de atleta de alto rendimiento no era más que un bulto pesado relleno de guata, un colchón cayendo sobre otro colchón: dormir, dormir... Pensamientos reparadores. Y su mente se arrastraba por los pasillos y llegaba hasta el comedor, su lugar preferido, el lugar preferido por todos. Al día siguiente, allí lo estarían esperando sin falta los caldos hipercalóricos, los batidos energéticos... Sí, la comida era buena en Guantánamo, no se puede negar que era buena y abundante. Aunque él nunca se pudo sacar de encima una vaga sensación de que a aquella comida le faltaba, no sé, le faltaba siempre algo.

Entra al restaurante un sujeto sospechoso, grotescamente disfrazado. Se ve que no quiere que lo reconozcan. Una máscara blanca le cubre el rostro. Lleva en la cabeza un cubo de Kentucky Fried Chicken al que le ha pegado una calcomanía que dice FUNERAL. Pienso que se trata de un artista. Pienso que se trata de un músico. Pienso: metal progresivo, thrash metal, funk, electrónica, jazz, bluegrass, avant-garde. Todo eso.

Por suerte lo suyo no era batear. Aunque a la larga no sabría decirnos qué era lo peor.

Estaba el bate de plomo macizo, que te provocaba varias hernias discales y te dislocaba los dos hombros al efectuar el swing. Estaba el bate de densidad ósea, que se partía de nada, y cada bate que partieras te costaba un hueso roto, para que aprendieras a no romper lo que era del equipo, o sea, de todos. Pero en las prácticas de bateo, a lo que más temían sus compañeros era al bate-nunchaku.

Aparentemente un bate común, pero al efectuar el swing aquel implemento asiático se dividía en dos mitades unidas por una cadena. En dependencia del largo de la cadena, la mitad superior golpeaba al bateador en la cabeza, en la espalda, en el abdomen o en las costillas. Una cadena bien larga se te podía enroscar en el cuello. La práctica se volvía aún más inclemente porque no había manera de diferenciar un bate común de un bate-nunchaku, no sabías si el bate se iba a separar por el medio al hacer el swing. Cuando pensabas que no, terminabas apaleándote a ti mismo con tu propio estilo de bateo y usando tu propia fuerza. Cuando pensabas que sí, producías un swing flojo y ridículo, encogiéndote como un animal asustado, y entonces el bate resultaba ser normal. Por supuesto, nunca te empatabas con la bola.

Una modalidad menos violenta pero igual de apabullante era el bateo interiorizado. En lugar de bates se empleaban escobas, bastones, sombrillas, cañas de pescar, jamos para cazar mariposas... Swing tras swing, el bateador escuchaba una grabación de risas. Las risas grabadas de sus compañeros.

El entrenamiento al aire libre se combinaba con gimnasio, donde era obligatorio estar desnudos. Un dispositivo óptico instalado en las paredes provocaba que algunos penes se vieran en tamaño reducido. El efecto reductor era aleatorio, en una escala que iba de tamaño todavía normal a tamaño microscópico, y afectaba siempre de uno a diez penes, nunca más. Todos se miraban continuamente mientras levantaban sus pesas, chequeando las dimensiones de su propio pene y del pene de los otros.

Claro que no todo giraba alrededor del aspecto físico. A primera hora emprendían actos matutinos que invariablemente contenían frases del tipo: “Nosotros, peloteros cubanos”, e invariablemente terminaban con juramentos.

Cabeza de Cubo dice:

—Yo soy Buckethead. Fui criado por aves de corral. De joven hice espectáculos de marionetas en las esquinas hasta que compré mi primera guitarra.



Eso lo cuento en una canción de mi quinto disco, *Monsters & Robots*. Mi misión en la vida es alertar al mundo del holocausto que se está cometiendo con los pollos en las cadenas de fast-food de todo el planeta. Aquí estoy.

—El holocausto aquí ya pasó —murmura el Autista al pasar transportando hacia otra mesa unos Big Macs de imitación. A todo el mundo le ha dicho que las hamburguesas son de carne humana. El Pícher Frío no sabe que esa es la razón por la que vende tanto, la razón por la que sus clientes se están llevando hamburguesas a montones.

—Descontando pollo frito, ¿va a pedir algo? —pregunto, listo para anotar. Pero en lugar de mirar el menú, Cabeza de Cubo está mirando la ambientación beisbolera del restaurante.

—Curioso. ¿Por qué El Pícher Frío?

—Porque el dueño fue pitcher.

—¿Y lanza bolas de helado?

Recuerda a varios amigos. Alexander, que de niño juró que nunca sería pelotero. Tito Barba, conocido y reputado como El Psicópata de Santa Cruz del Sur. Cabrerita, un matancero de la Ciénaga que por modestia había rechazado ofertas millonarias de los Yankees y los White Sox: “Yo no soy tan bueno, cualquiera de ustedes es mejor que yo”, decía. “Además, ¿qué voy a hacer con tanto dinero?”.

No todos sus amigos eran pitchers, aunque estaba obligado a compartir más tiempo con otros pitchers. Una vez, durante el calentamiento, se pusieron a discutir la procedencia del término bullpen:

De bull, toro, y pen, corral. Inglés elemental. Inglés de Grandes Ligas. El bullpen es donde esperan los toros antes de que los suelten a la arena del rodeo. El bullpen es donde esperan los toros antes de ser conducidos al matadero. Etcétera. Luego empezaron a lanzar interpretaciones menos rectas: el corral podía referir a una jaula, o una celda, o un conjunto de jaulas o celdas (pen), y el toro encarnaba al guardián (bullpen), lo cual se sostenía en el hecho que los guardias de las prisiones suelen tener rasgos de toro: grandes, robustos, de mal ca-

rácter... Luego salió el tema de los japonese-americanos en la Segunda Guerra Mundial. Después de Pearl Harbor, el gobierno de Estados Unidos recogió a todos sus japoneses de la costa oeste (División Oeste según las Grandes Ligas) y los repartió en centros de internamiento improvisados por todo el país. Los pitchers no estaban fuertes en historia: aquello fue una información instantánea que nadie supo de dónde había salido, una brisa subliminal que sopló de pronto en el terreno y en la cual se escuchaban voces. Voces que mascullaban un inglés disonante y no tan elemental. Entre ellas, una voz sobreviviente de un campo fronterizo entre California y Oregón: Prisoners in the military prison lived in wooden buildings which offered some protection from the severe winters. However, prisoners in the bullpen were housed outdoors in tents without heat and with no protection against the bitter cold. For the first time in our lives, those of us confined to the bullpen experienced a life and death struggle for survival... Y cuando se fueron calentando, hablando ya por hablar, los pitchers recordaron a William “Big Bill” Haywood, el tuerto de Salt Lake City, el activista sindical que sin duda habría sido un magnífico pelotero, pero que en lugar de béisbol, en las minas y en las peleas con la policía, aprendió socialismo. Bill —“I’ve never read Marx’s Capital, but I have the marks of Capital all over me”— Haywood, que murió solitario y deprimido en Moscú, asesinado por el alcohol y la diabetes, deseando poder regresar a la Liga Laboral de su país. El viejo Big Bill, en cuya autobiografía los pitchers leyeron (en Guantánamo los pitchers leían) sobre huelgas y mineros de Idaho que pasaban “months of imprisonment in the bullpen, a structure unfit to house cattle, enclosed in a high barbed-wire fence”. Otro libro manoseado por ellos fue *Roughneck: The Life and Times of Big Bill Haywood*, del biógrafo Peter Carlson, donde decía: “Haywood traveled to the town of Mullan, where he met a man who had escaped from the bullpen”. La discusión sobre una palabra derivó así en especulación sobre la posibilidad

de escapar. Entonces tomaron sus pelotas y se fueron todos a lanzar.

Un día empezaron a pasarse pelotas entre ellos, en un tráfico clandestino. La idea era que firmaran todos los que pudieran, escribir “Guantánamo” y poner al lado, ya ilegible, la fecha. Uno que no tuviera el brazo irreversiblemente destrozado lanzaba la bola lo más lejos posible, por encima de las altas alambradas. Y aunque muchas fueron descubiertas y confiscadas por los coaches antes de que pudieran lanzarlas, lo cierto es que lanzaron hacia el desierto guantanamero no pocas de esas bolas de tinta en las que no cabía una firma más...

Recuerda también a Maykel, quien se daba por realizado si un día pudiera, al menos, vender hot-dogs en las Series Mundiales. A los hermanos Arroyo, que eran como dos güijes maximizados con esteroides. Al Ráfaga, último producto exportable de Nueva Girona. Ah, y cómo olvidar a Yusnavy Izquierdo, el chico maravilla.

Parece que Cabeza de Cubo no ha venido a comer. No está interesado en pedir nada. Le pregunto si quiere un Happy Meal. Me dice que no está interesado.

—Pero tomaré el juguete de recuerdo. Tráeme el juguete.

—Aquí lo ofertamos sin juguetes —le digo.

—Entonces no es un verdadero Happy Meal. Del mismo modo que lo que están haciendo ustedes no es un verdadero documental.

Debe haber visto la cámara por algún lado.

—¿Le molestaría dejarnos unas palabras? ¿Para el recuerdo?

—Una vez salí en un documental de verdad. American Music: Off the Record. Pero yo no decía una sola palabra: salía tocando. Eso es lo que puedo hacer por ustedes, y por el restaurante, y acaso por este islote rural. Tocar.

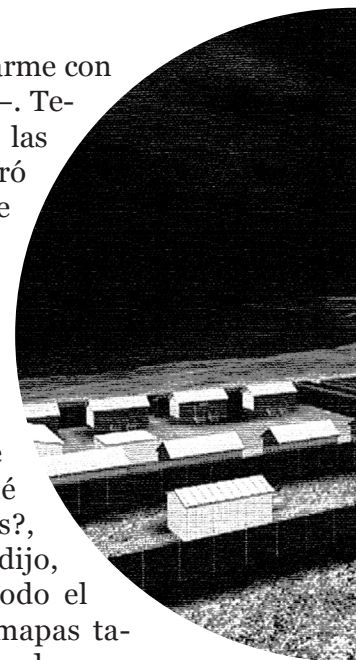
—Off the record —apruebo.

Entre todos los fantasmas del pasado, Yusnavy Izquierdo:

El muchacho era una anomalía. Jugaba bien todas las posiciones del cuadro. Corría como un velocista olímpico. Bateaba jonrones con las dos manos. Su carrera había sido una ruta migratoria. Nacido cerca de allí, en Caimanera, un pueblecito de la provincia de Guantánamo del que supo escapar a tiempo, jugó con Santiago en categorías juveniles y de inmediato se trasladó a La Habana. Con los Industriales debutó en la Serie Nacional y fue elegido novato del año. Al año siguiente ya estaba de vuelta en Guantánamo. Esta vez le iba a resultar difícil escapar.

Pero lo intentó.

—Yusnavy me propuso fugarme con él —nos cuenta el Pícher Frío—. Tenía un plan. Había estudiado las instalaciones de la base. Descifró el trazado de los conductos de aire. Lo que había que hacer era cavar, ampliando el diámetro de uno de esos túneles para que cupiera una persona. ¿Estás seguro de que por ahí llegamos hasta afuera?, le pregunté. Completamente seguro, me contestó. Pero, ¿qué vamos hacer cuando salgamos?, le pregunté. Nos movemos, dijo, yo te guío, yo me conozco todo el Oriente como si tuviera los mapas tatuados en el cuerpo, podemos desaparecer en los montes, en los pueblos... Tú estás loco, Yus, le dije, ¿de qué pueblos estás hablando? Él se mantuvo optimista, imaginaba infinitas posibilidades una vez que estuviéramos fuera. Yo no veía más que el desierto salvaje en el que íbamos a morir calcinados bajo el sol. Le dije que no contara conmigo. Pero el hijo de puta era un prospecto convincente y carismático. Empezamos a cavar, con empeño y paciencia, día tras día, de respiradero en respiradero, aprovechando los ratos libres hasta que el cuerpo no daba más.



Tiempo después alcanzaron la distancia estimada. Se arrastraron kilómetros y kilómetros por el túnel, cavaron los últimos metros y, al borde del desmayo, con los brazos y las piernas sangrantes, emergieron a un terreno de hierba podada. Un grupo de entrenadores y médicos los estaban esperando. Hacia el horizonte, más lejos todavía, se alzaba otra línea de alambradas. La base deportiva era mucho más grande de lo que Yusnavy había supuesto. En el terreno vieron otros agujeros similares al que habían abierto ellos para salir a la superficie: eran otros túneles que

también terminaban ahí, por donde habían intentado fugarse compañeros suyos en ocasiones anteriores. Los entrenadores los felicitaron. Yusnavy y él habían completado con éxito el más dramático de los ejercicios previstos, demostrando que eran unos peloteros capaces de cualquier heroísmo.

Se dejaron caer en las camillas que los médicos tenían preparadas. Antes de perder el conocimiento escuchó aquella

VOZ:

“¿Cuántos?”.

“Dos. Acaban de salir”.

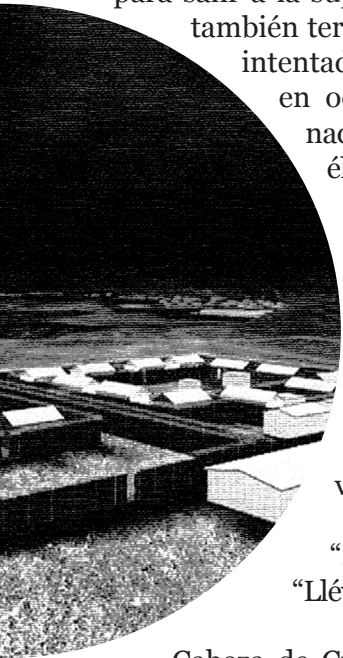
“Llévenlos al salón de aislamiento”.

Cabeza de Cubo enchufa su guitarra y empieza a tocar. La música le inculca algo distinto al ambiente del restaurante. Una extraña ferocidad. Todos los presentes dejan de prestar atención a la basura que comen. Es una música que les dice a todos: sí, yo soy Buckethead. Es una música que dice: en materia de guitarra eléctrica, Buckethead está en el top ten. Es una música que dice: “He plays like a motherfucker” (Ozzy Osbourne).

De pronto hay un corrimiento. La música de Buckethead se desliza hacia una parte más oscura, allí donde habita su álter ego, su anagrama: Death

Cube K. La entidad que acecha a Buckethead y se aparece en sus pesadillas. Su reverso. Su negativo fotográfico. Buckethead rasga las cuerdas de la guitarra y su máscara blanca se convierte en la máscara negra de Death Cube K. Los riffs ya se alejan del holocausto de los fast-foods. Ahora es una música como la que inspiró a William Gibson, quien le puso “Death Cube K” a un bar de su novela *Idoru*. Es una música que dice: estamos en un bar muy lejos de aquí, tengan cuidado, el ambiente es Tokio pasado por Kafka.

—Tras el fracaso del plan de fuga —nos cuenta el Pícher Frío—, Yusnavy se sumió en un estado de depresión profunda que al poco tiempo dio paso a la alegría más anormal. ¿Qué pinga te pasa, Yus?, le pregunté, irritado de verlo a toda hora contento. Vamos a salir de aquí, me dijo. ¿Cuándo?, me entusiasmé. No sé cuándo, algún día, me dijo, el caso es que estaremos fuera. Entonces le pregunté cómo podía estar tan seguro de eso, y él me explicó que había visto el futuro, o mejor dicho, que había estado en el futuro. No una, sino varias veces. No sé lo que pasó, me dijo, a lo mejor es que yo estaba tan deprimido que entré en un estado alterado de conciencia, y eso provocó que mi mente empezara a viajar en el tiempo. Ahora sí te fundiste completo, Navy, le dije. Eso no puede ser, no se puede viajar en el tiempo. Yo sí puedo, ripostó él, pero no está bajo mi control, va y viene, y me lleva siempre al futuro. ¿Pero cómo?, ¿cómo es posible?, insistía yo. Pensé que mi deber era ponerlo frente a frente con la irracionalidad de lo que estaba diciendo. En el fondo lo que tenía era envidia. Él se veía tan feliz y yo quería desenmascararlo, quería verlo quebrarse. A ver, explícame, ¿cómo es posible que tu mente se vaya sola por ahí?, ¿y mientras tanto tu cuerpo qué hace?, ¿se queda al campo? Pero el hijo de puta se encogía de hombros, diciéndome: lo único que sé es que yo he viajado en el tiempo aunque a ti te parezca increíble, no me importa nada más. Empecé a encabronarme. Le grité: ¡Viajar en



el tiempo es una fantasía! ¿Cómo puedes hablar de esa mierda superfantástica y de ciencia-ficción después de todo lo que hemos vivido tú y yo aquí? ¿Así es como piensas escaparte ahora? ¡Cojones, esto es la realidad! Quizás fui duro con él, pero yo necesitaba que Yusnavy regresara, que permaneciera conmigo en el presente insoportable, resistiendo. Tenía miedo. Recuerdo que entonces él me abrazó y me dijo: no te puedo contar mucho porque aquí todo se oye, pero te voy a decir dos cosas, de sobreviviente a sobreviviente: uno, tú y yo vamos a salir de aquí más tarde o más temprano; dos, yo voy a jugar en la Liga de Japón, que allí es donde se va a poner buena la cosa por lo que vi. Después de escuchar eso lo dejé por incorregible. Me dio un poco de lástima. Desde entonces, de vez en cuando y únicamente por joder, le preguntaba: novato, ¿el futuro sigue ahí?, y él me contestaba, riendo: el futuro soy yo.

En las madrugadas no hay mucho trabajo, el restaurante casi siempre está vacío. Hora de salir a la intemperie a contemplar los destellos parpadeantes del anuncio de neón, a escuchar el zumbido intermitente de la autopista, tan cerca y tan lejos.

Esta madrugada me tropiezo con el Pícher Frío, que viene del parqueo. Me dice que últimamente no ha podido dormir. Me habla de los juguetes con los que sueña despierto, los juguetes que les faltan a sus Happy Meals. Quiere que la gente haga cola por sus Happy Meals, que se los lleven a montones. Quiere que la gente se pregunte lo mismo que se preguntó el Joker sobre Batman: “Where does he get all his wonderful toys?”. ¿Pero de dónde, de dónde los saco?, me pregunta, se pregunta a sí mismo. Si tuviera juguetes sofisticados, superjuguetes, carros vivientes en miniatura, por ejemplo. Como ese carro tuyo, dice. No es mío, es del Autista, le digo. Él me mira. Creí que tú eras el Autista, dice, y agrega: No importa, el caso es que necesito productos así de espectaculares. Además, cuando se estrene la película que están haciendo ustedes,

los carritos pueden formar parte del merchandising. Le digo que no es para tanto. Él insiste en que el carro autista es una especie de maravilla. Me dice que han hablado mucho, el carro y él. Han hablado casi todas las noches. Me preocupo. Le pregunto de qué han hablado pero el Pícher Frío no me responde. Se queda en silencio, y así es como lo veo por última vez: vivo todavía, con los ojos cerrados, pensando seguramente en los juguetes que nunca tendrá, murmurando para sí mismo: ese carro... ese carro...

Lo encontramos al día siguiente. En el frigorífico.

—Ven a ver esto —me dice el Autista, y voy y me lo encuentro colgado por el cuello, colgado como un trozo de carne congelada.

Se puso su uniforme de pelotero. Se puso hasta el guante.

El Autista lleva puesto un abrigo de piel con gorro, botas gruesas, dos pantalones, uno encima del otro. Se viste como un esquimal cada vez que tiene que entrar al frigorífico, aunque no sea más de un minuto lo que tiene que estar dentro.

—¿Qué hacemos con esto? —me pregunta tocando el cuerpo inerte, haciéndolo oscilar.

—¿Qué quieres decir?

Art Spiegelman, o alguien que se hace pasar por Art Spiegelman, o alguien que se cree Art Spiegelman y que todavía está masticando pedazos de sí mismo cuando se acerca la cámara:

“Lo que me gusta de los cómics”, dice limpiándose la boca y los dedos con la servilleta, “es la grasa de pollo: ese material que te hace volver y leer lo mismo una y otra vez, porque hay algo siniestro bajo la superficie. Un material con cierta urgencia”.



**Javier L. Mora**  
(Bayamo, 1983)

## Teoría económica del objeto

*(Teníamos hambre, pero ella prefería comprar helado. Nestlé, decía, de chocolate. Lo consumía sola. ¿Había otra cosa? Naturalmente, aunque no era tampoco para hacer: sin dinero y con ganas de= sin solución. Al menos para mantenerse un día completo. De calor, además. Lo consumía sola. Nestlé, decía. Sin solución.)*

—Hay que verlo,  
hay que verlo. Habría que entrar ahí:

### 1) Claro que

andar la casa de un extremo a otro (20 metros cuadrados) no resolvía el problema. Sin embargo, semejante proyecto (caminar como compensación= lección interior) explicaba el origen de una idea: tener *un asunto en qué pensar*, o (cuando menos) *la posibilidad de la marcha*.

Éramos cinco adentro. Yo caminaba al fondo mientras los otros seguían allí, invariablemente enquistados: la imagen de un tótem atribuido y su expresión, *cabecitas totémicas*, asimilada.

Yo

(en

tanto)

caminaba,

aunque el acto de mi desplazamiento fue siempre un proyecto baldío —teníamos hambre ( ), con ganas de ( ), no daba el resultado necesario—, pero el movimiento bloquea el sentido de ansiedad que provoca el estómago en este caso. La posibilidad del movimiento. Eso: para *no-pensar*. El objeto *en-qué-pensar*, y su negación. El movimiento (caminar caminar) como sustitución de ( ), como alternativa a *pensar el efecto del hambre*

(como

anulación).

Un asunto sin interés:

el suceso de invalidar el deseo en cada paso—

el sentido por metro recorrido

y señalar

(en tono  
bal  
bu  
cien  
te):

ibaba bababa babá!

(siguiendo el método de un bobito  
cualquiera  
sin contenido mental).

Y aquí es  
donde aparece:

## 2) El problema

era que no existía el evento de la compra: ni el acto (2), ni el moviente (1). El cero y la nada. ¿Cómo evadir el suceso de la exclusión? En vistas de la ausencia del primero, no podía lograrse el segundo. El movimiento ofrece un resultado preciso: de 1 se pasa a 2, de la posesión de 1 tendríamos la posibilidad de 2.

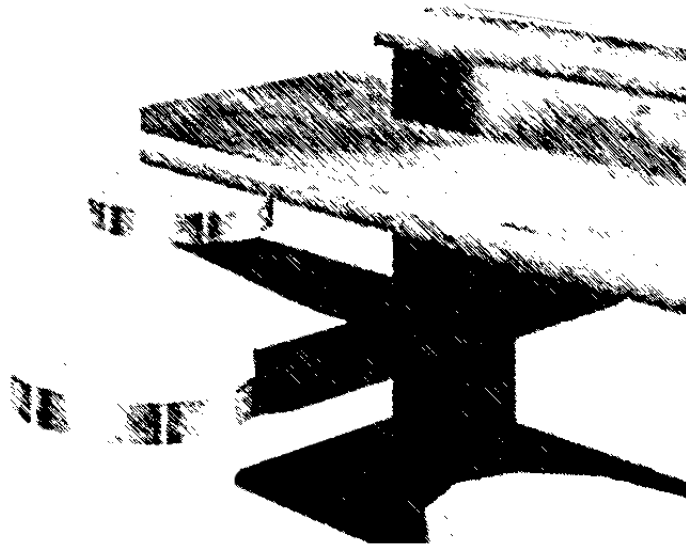
Pero digamos que  
(canción  
rusa, 1905):

un sujeto sin mercancía es una nada a la izquierda.  
una nada a la izquierda es

*un desecho-derivado-del-Estado.*

¿Sujeto mercantil? ¡No! Más bien el proyecto de una posesión inespecífica, disfuncional. El disparate de tener un *qué* (moviente 1= objeto económico= mercancía inicial) y no el *cómo* (acto de compra 2= segunda mercancía). El evento, en fin, como inutilidad práctica de la posesión.

¿Y el helado? Un objeto económico sin competencia (¡la utilidad por Dios, la utilidad!). Algo difícil de ceñir al concepto de *equivalencia-distributiva-del-capital*. De manera que el acto de compra (helado= segunda mercancía) era —en nosotros, para *ella*— un recurso de mínimo acceso: secuela de una vida familiar sin patrimonio. O mejor: la economía doméstica como el producto de una macrohistoria, el relato de un orden público en estado puro de descomposición.



—La noticia es el cero.  
 —La noticia es el cero y la nada.  
 —La noticia es.

Pero digamos que  
 (canción  
 rusa, 1917):

adentro (bien a-d-e-n-t-r-o) de un modelo bancario estéril, semejante al carrito de mercado que ha perdido la oportunidad del acontecimiento, y que a pesar de todo sigue andando (avanzar avanzar), un tranco al frente y dos o tres atrás: con entusiasmo, en *una-estructura-sin-progresión*.

Véase  
 la marcha triste del capital:  
 su ineficacia.

(O lo que queda de ello.)

### **3) De las cabecitas totémicas,**

una composición: la mente rota y la expresión *atenta a un punto ciego*. Como ver (p. e.) cerebros destruidos por el sol, o la falta de *gluten*. Hay cierta deficiencia gráfica en la imagen —yo adentro y 4 testas firmes en desintegración—: cerebros *invariablemente enquistados*, con ganas de ( ), en un pasaje idiota.

¿Y qué había detrás de todo eso?

4 cabezas desarticuladas.  
 Lo que afirma el siguiente testimonio: *mente rota*,  
 (geométrica  
 mente  
 a cuadrículas)  
 en el proceso de una compra insignificante:  
 (la mercancía la mercancía!

en efecto):

Nestlé:  
 1 pote: 1. 35 (en *convertibles*)  
 sabor: *chocolate*. No constipa,  
 estimula la impresión de felicidad.

En nosotros, la necesidad de una masa hueca y sin nutrientes: improductiva. Cumple el deseo: *estimula la impresión de felicidad*.

Lo consumía sola.

(Un estudio de la deficiencia gráfica en la imagen —aquello que ha sido, por cierto, negado al ojo—, arrojaría: el argumento del capital.)

Pero digamos que  
(canción  
rusa, 1921):

- El objeto es el cero.
- El objeto es el cero.
- El objeto ha comprado mi noción de embriaguez.

En resumen: no proponía el encuadre algún síntoma de ventaja dramática. (La escena se repite. La escena se prolonga. La escena se —ídem, hasta el cansancio): 4 cabezas al sol, y yo aplicado al ejercicio de la traslación, viendo pasar (en tanto, p. e.) *una existencia tirada a-la-basura*.

Lo consumía sola.  
Lo consumía.

Ahora,  
la cuestión de

#### **4) La inmovilidad**

era otra cosa. ¿Por qué caminaba? Salía mejor que descansar. Para las cabezas totémicas —las otras, 4 en su orden jerárquico, donde la de *ella* es la más visible—, seguir allí entrañaba cierta pose de agitación mental: en la casa (superficie fijada en 20 metros) frente a la que no hay preguntas de ( ). La inmovilidad, un principio escrupuloso de apariencia. El movimiento de caminar ocupaba entonces una dirección específica: *paliar el hambre*. Silabear (balbucir): hacer(se) el sueco, *hacer el bobo* —un bobito cualquiera sin contenido—, en un sistema estanco por definición.

En consecuencia, el propósito  
es:

EL GRAN IMPASSE



(canción  
rusa, 1991,  
o canción del bloque  
oriental, 1989):

Escoger (para avanzar) una de estas ideas:

1. *Si tienes un valor-efectivo, aprende a comprender la intensidad de su momento inútil.*
2. *De la buena distribución de los goces resulta el bien estar individual.*

Mejor aún:  
no escoger. Ajustarse en el ínterin  
y seguir (forzosa  
mente)  
la marcha:

y avanzar avanzar  
siguiendo el método  
de un pelotón ridículo de infantería:  
de frente:  
marx!  
(el señorito hijo de la putica madre  
que nos puso a parir

IDEA S  
sin desarrollo)

y avanzar avanzar  
con helado o sin él  
con  
el  
helado.

(Si tengo un valor-efectivo, aprendo a comprender la intensidad de su momento inútil.)

—*Hay que verlo,  
hay que verlo. Habría que entrar ahí:*

Teníamos hambre, pero ella prefería comprar helado. *Nestlé*, decía, *de chocolate*. Lo consumía sola. ¿Había otra cosa? Naturalmente, aunque no era tampoco para hacer. Al menos para mantenerse un día completo. De calor, además. Lo consumía sola. *Nestlé*, decía.

(Sin solución.)

**Rachel L. Price**  
(Connecticut, 1975)

## Pozo inagotable, Autopista infinita

La última novela de Jorge Enrique Lage, *La Autopista: The Movie* (Editorial Cajachina, 2014) juega con el cuento de Cortázar “La autopista del sur” (1966), que trata de una gente atrapada en un embotellamiento infinito en una autopista francesa.<sup>1</sup> El cuento es una meditación existencial sobre un estado de espera dentro de lo que, a mediados del siglo xx, todavía era un ícono de la modernidad: el automóvil. La novela de Lage, en cambio, es una sátira de una posible “Cuba” futura, tal vez a mediados del siglo xxi. Es decir: una sátira del capitalismo catastrófico que ya da forma a la mayoría del globo, en un momento en que la crisis ecológica se está haciendo sentir cada vez más, todo acelerado esto por el uso desenfrenado de los hidrocarburos. Por eso, si bien la autopista de la novela se ubica parcialmente en Cuba, todos estamos en esta autopista sin nombre (que, además, se extiende al océano). Sabemos que una economía política desastrosa está acabando con el planeta. Y sin embargo nos quedamos paralizados.

La carretera cuya construcción misteriosa organiza la novela es una figura para los flujos conspiratorios del capital. Por aquella Teoría Unificada que tienen algunos caimanes-hombres en la novela podemos entender la autopista misma. Era, escribe Lage, “inconcebible”:

Tenía que ver con los flujos del dinero, con los desplazamientos del capital, con las economías de mercado. Tenía que ver con un mapa, si suponemos algo parecido a un mapa del tesoro donde el tesoro está mo-



viéndose por todas partes o donde al final no queda claro *qué es* el tesoro. Los flujos del dinero son, en ese mapa, como autopistas. Hay intersecciones, rizados, desvíos; pero también velocidades, caídas abruptas, saltos de dimensión. Y hay como una trama oculta detrás de todo eso, una trama que salta a la vista como esas manchas bidimensionales y aparentemente caóticas en las que surge de pronto una figura con relieve cuando uno cambia el foco de la mirada. Y por supuesto, en los nudos o los nodos de esa gigantesca red laten los fetiches, las ideas fijas, los cuerpos apresados de todos nosotros. Sobre todos nosotros se están llevando a cabo experimentos que nunca seremos capaces ni siquiera de imaginar. (32-33)

He aquí el capitalismo tardío como “experimento” tan nefario como cualquier “ingeniería social” comunista, pero sin la sinceridad de anunciarse como tal. Estudiamos el mapa ante nosotros de tal capital inquieto, su razón de ser tautológica: el dinero destinado a crear dinero, corriendo el mundo tras la mano de obra barata y los estándares medioambientales más bajos. El crecimiento económico sin fin —increíblemente, todavía la definición de una economía exitosa— es, también, aquella búsqueda para un tesoro que simplemente no puede existir.<sup>2</sup>

Pero el tesoro no es el único blanco inasible. La realidad allende del mapa también lo es, ya que la autopista no llega a ningún lado. Y así nosotros —lectores y habitantes del planeta—, cual herederos de un mapa borgiano vinculado a la realidad de una forma tan estrecha como para no servir, nos enfrentamos con un problema paralelo de escala, un problema tan geográfico como temporal: el de estudiar un presente que se desdobra ante nosotros como una autopista sin fin, tan indescifrable como lo es llena de importancia. De ahí la trama secundaria (*The Movie*), sobre el rodaje de

un documental que registre la construcción de la autopista, como si un grado de mediación pudiese revelar algo de otra forma invisible: un personaje sueña con construir un “bunker secreto” para amplificar y estudiar, “a nivel molecular”, las fotografías de la fase de construcción de la carretera; alusión a otra adaptación de Cortázar: *Las babas del diablo/ Blowup* (76).<sup>3</sup>

Este pasaje, en que un indígena Seminola reflexiona que “Escuchamos teorías de conspiración y complot por todos lados,” confirma la hipótesis de Fredric Jameson sobre las narrativas conspiratorias: que ellas representan un intento inconsciente y colectivo para discernir el sistema totalizante de la economía global (32).<sup>4</sup> Así afirmó el teórico norteamericano en su capítulo “Totalidad y conspiración” (1992), apenas unos años después del colapso de la antigua Unión Soviética y en los albores de su masiva privatización. En “Totalidad y conspiración” Jameson acude a una anécdota que —da la casualidad— se refiere a La Habana para ilustrar los peligros de buscar un mapa *literal* de la actualidad, en vez de ese otro que Jameson llama “cognitivo”, o sea, una forma de comprender la totalidad del presente. Sería un error, dice Jameson, confundir este mapa cognitivo con la realidad “como sucede cuando en Flaubert Felicité, mostrado un mapa de La Habana, pide ver la casa en que su sobrino marinero está parado” (9) —un error de escala risible en el siglo XIX, y tal vez incluso hace 20 años, cuando Jameson lo resucita, pero posible hoy gracias a la información de satélite. Y sin embargo, el mapa cognitivo nunca ha sido tan poco visible. El arte y la literatura pueden indicar algo de ese mapa.

En una metacrítica sobre la novela misma la “movie” dentro de ella, así como la carretera, es una mezcla de géneros y afectos: “la autopista mezcla todo eso: fantasía *post-toon*, ilusión atávica, el deseo de huirse hasta donde sea posible” (125). Pero si el cine siempre ha sido una suerte

de huida o escape, aquí el concepto que subyace toda “road movie”, en donde el *proceso* de llegar es el fin mismo, toma un carácter de pesadilla: ya no hay siquiera a dónde llegar, no hay a dónde escaparse. El canal de Panamá ha sido petrificado (con ecos de la primera novela de ciencia ficción cubana, *La corriente del golfo*, de 1920) y las Islas Galápagos han sido pavimentados para centros comerciales. La novela también sirve como espejo de la autopista, siendo más una secuencia de viñetas que una narrativa que llegue a algún lado.

El estilo favorecido por Lage desde hace tiempo (fragmentario, “ciberpunk”, lleno de referencias a la cultura pop...) aquí llega a su apogeo, donde el concepto organizador a priori de simplemente *manejar hacia*, acompañado por un elenco de personajes mutables y mutantes, le permite cualquier cambio inesperado, cualquier desvío abrupto. Por lo tanto vuelve casi imposible describir de qué “se trata” la novela, más allá de la historia macro de una autopista misteriosa (que es más que una autopista) que se construye a lo largo de lo que parece ser una Cuba futura, junto con ese elenco abigarrado que realiza un “*making off*”. Los personajes principales de *La Autopista* son tipos alegóricos modernos, sin nombres de pila: el *Autista*, que intercambia con su terapeuta (*Therapist*, un programa virtual); un *Rasta*; un *Post-Traumático* (un puertorriqueño traumatizado por su condición de sujeto colonial) así como unas cuantas figuras históricas de la historia cubana, la cultura pop estadounidense, o la política china, en una fusión indiscriminada de historia y ficción.

Los trabajadores socavando la tierra para poder construir la nueva autopista encuentran los huesos de algo que el Autista quiere entender como un homínido extinto “nombrado *homo cubensis*” (64). La historia natural inventada por el Autista sobre el difunto cuenta que ciertas “adaptaciones fisiológicas” le hicieron más flexible y versátil, mientras que sus cualidades más bajas se

podían modificar (resucitando la idea del Hombre Nuevo). Esta historia de la adaptación tiene su paralelo en la que el Rasta sueña con contar algún día: una “historia secreta” de “la tecnología casera en mi país” (67). *La Autopista* parece contar las afirmaciones de la filósofa Beatriz Preciado de que el presente pos-fordista es “fármacopornográfico”: es decir, permeado por las químicas que alteran el cuerpo, a su vez productos derivados de la industria petrolera de mediados del siglo XX, así como por una venta incesante de la sexualidad (Preciado 33). Y sabemos efectivamente que el mundo de la Autopista sigue siendo un mundo petrolero, aún si se ha acabado ya la nafta: del Post-Traumático nos enteramos que hubo un tiempo (ya pasado) en este futuro en que se descubrió el petróleo en Cuba, “iy muchísimo! La isla como una gran plataforma” (143).

La construcción de la Autopista posibilita todo tipo de reflexión sobre la contemporaneidad representada en la novela (que es una especie de sociedad contemporánea consumista). La demencia tautológica de los actuales modelos de crecimiento económico, en que nos condenamos a un proceso Sísifo de producir y consumir para poder producir y consumir más, es indicada por la figura que supervisa la construcción de la autopista: un “mexicano, de nombre Hu Jintao” (42); fundiendo así las características de una nación con renombrada historia neoliberal, anclada en la labor maquilera, con el nombre del *premier* chino responsable por el crecimiento de la economía china y su expansión por América Latina. Hu Jintao trabaja en un laboratorio en Yucatán que almacena y transforma ciclones, ellos, a su vez, programados por el gobierno estadounidense para obstaculizar la Autopista (alegoría para el avance chino por las economías latinoamericanas). El siniestro mexicano/chino también indica que en esta novela/mapa del tesoro solo podemos escudriñar los estereotipos más crudos: el vínculo que en el siglo



xvi unía a México y China (pasando por La Habana) en las primeras rutas del capitalismo global —la Nao de China—, se concretiza en el cuerpo de “Hu Jintao”, y no estamos lejos tampoco de las viejas prácticas laborales de explotación indígena en las minas, o de “culíes”: “La autopista necesita constructores. Los nativos necesitan dinero” (40). Por supuesto, tampoco necesita la Autopista trabajadores: han sido reemplazados por robots, “Constructicons” (41). Inmediatamente Lage se burla de su propio orientalismo con una alusión al cuento “La Muralla China” de Kafka, leído en voz alta por Hu Jintao, cuento cuya historia de la construcción del muro y su retrato de un estado autocrático carece de precisión histórica y aquí sirve como analogía para la confusa no-trama de la construcción de la autopista.

Pero “Hu Jintao” no es solo un “tecnócrata” arreglando los robots transformers y supervisando la construcción de la carretera. Es también un dedo de la “mano invisible” detrás del cambio climático (la novela, por supuesto, destaca cuán visible es tal mano). Los huracanes, pues, representan una imagen de destrucción tanto natural como hecha por humanos. Ante un huracán desastroso el protagonista busca refugio en el fondo de un contenedor (alusión a la importancia del transporte y la logística en el mercado global, como ha señalado el sociólogo italiano Alberto Toscano), junto con la (real) escritor@ transgénero estadounidense conocid@ como Poppy Z. Brite (47). Acecha un huracán “Katrina” (el tocayo de 2005 fue objeto de varias columnas por Brite, quien creció en New Orleans; Brite también escribió sobre el derrame de petróleo de la plataforma “Macondo” de British Petroleum de 2010 en el golfo de México y hasta sacó fotos del desastre —acto prohibido por la empresa privada— del derrame).

Como pueden indicar los nombres de los personajes, la levedad de *La Autopista* se debe,

paradójicamente, a cierta crudeza con que se ejecuta la narrativa, a cierta exageración, tal vez a la par de la escala de la autopista misma); tendencia que tiene su contrapartida en el arte visual contemporáneo. Pensemos, por ejemplo, en la franca alegoría que es la imagen de la economía bicéfala china-estadounidense en el cuadro *Live President Subtitled in Chinese* (2011) de Alexis Esquivel. El cuadro es un billete de \$100 escrito en chino (las letras se traducen a “Estados Unidos de América”, “Ministro de Finanzas”, “\$100 dólares”).<sup>5</sup> En el centro Barack Obama mira con firmeza hacia el futuro ante un paisaje apocalíptico de campos infecundos y una tormenta de rayos. Detrás está una ciudad futurista (¿Pekín?) con lo que parece ser misiles, una palmera (¿Cuba?) y un viejo yunque con torres de perforación en lo que parece ser el mar —tal vez el Caribe— entre las montañas hacia la derecha y la ciudad a la izquierda.

Sin duda, la sombra aterradora de los Estados Unidos en la época de Obama (aviones robots; espionaje digital, etc.) se siente en la novela también. Por ejemplo, Christopher Arendt, el guardia que con 19 años sirvió en la prisión de Guantánamo y atestiguó en 2008 en las “Winter Soldier Hearings” en Washington, D. C. sobre tortura, aparece hacia la segunda mitad de la novela, tal vez indicando un sentido hacia Oriente (Guantánamo). En estos pasajes la novela recuerda la cercanía entre el deporte y el militarismo en una escena en que unos jóvenes cubanos peloteros derivan la etimología de la palabra “bullpen” de una corral (Pen) para toros (Bulls). Acto seguido recuerdan que los “bullpens” eran unas viviendas cruelmente expuestas a los elementos en los campamentos de internamiento en California para japones-americanos durante la Segunda Guerra Mundial; siguen en sus asociaciones más atrás para llegar al activista sindical William “Big Bill” Haywood (también encerrado en el “bullpen” de



Alexis Esquivel, *Live President Subtitled in Chinese*, 2011.

una prisión); por ahí, especulan, se debe también a que los guardias de las prisiones “suelen tener rasgos de toro”, etc. (97-98). Luego el narrador recuerda un jugador de *baseball* llamado Yusnavy (US Navy) Izquierdo que había estado en Guantánamo (la provincia), y que propone cavar unos túneles para escaparse a la sierra de Oriente —pero no queda claro si es de la Base Naval Guantánamo o de una base deportiva donde él entrena (100-101).

## El complejo azúcar-gasolina-industrial

Brebajes misteriosos constituyen un eje (o una corriente) central en la novela, vía un episodio ingenioso que conecta la historia cubana, la historia de Coca-Cola y ficticios líquidos diseñados para reemplazar tanto al petróleo como a la bebida azucarada. La famosa bebida aquí se distancia del significado típico de que es emblema (la búsqueda incansable capitalista de nuevos mercados en

dónde vender productos vacíos y perniciosos) para convertirse en significante para cualquier sueño de energía inagotable. En *La Autopista* variaciones sobre distintos “sustitutos de importación” del refresco rinden elixires curiosos, versiones locales que buscan rellenar el mismo nicho (tipo Tukola). No es de sorprender, entonces, que la versión que aparece en este paisaje onírico se llame “Reguetonic”, cuya propaganda se dirige al consumidor: “Comparta con ellos las penas del día de no hacer nada, de nada esperar”: un *dolce far niente* literal que se mofa del estancamiento cotidiano (25).

Vinculando la lógica del siglo XX industrialista común al refresco procesado y la cultura petrolera, con una historia más antigua de la explotación caribeña azucarera, Lage indaga en la historia de Coca-Cola. La empresa fue encabezada desde la época de Reagan —como las historias de “éxito cubano-americano” no dejan de registrar— por el cubano-americano Roberto Goizueta (nieta de azucareros), que aparece aquí como un Genio de la Botella, aunque se niega haber inventado “la economía de los deseos” (77). La infancia de

Goizueta pasada entre la caña de azúcar en *Habanacampo* tiene reverberaciones en su entrega completa cuando adulto a la (fracasada) New Coke (efectivamente fue Goizueta quien intentó introducir Diet Coke y New Coke). Esta transformación narra pues una historia del siglo xx alternativa: del monocultivo esclavista a su reemplazo por pura química, la nada plena.

Desde más allá de la tumba Goizueta recuerda un sueño que tuvo justo antes de morir, en que Fidel Castro, único líder de la nación revolucionaria, cede el lugar de honor a Goizueta, único líder del imperio capitalista de la dulzura. En el sueño Goizueta está con el “Jefe” en una suite presidencial. “Pero en el sueño el Jefe no es Robert Woodruff (entonces presidente de Coca-cola) sino Fidel Castro” (86). Roberto se rinde ante el Jefe en lo que constituye su último juicio: “Yo sé lo que estás pensando, dice Goizueta, estás pensando en el desastre de New Coke. El Jefe se encoge de hombros. No seas tan duro contigo mismo, dice... (Y, entre paréntesis, la Diet Coke estuvo bastante bien, ¿no?) (86). Goizueta mira hacia fuera y observa Atlanta, sede de la Coca-Cola, “superpuesta a los paisajes habaneros de su infancia, paisajes azucarados, paisajes definidos menos por el campo que por la rotundidad de la conjunción *Habanacampo*” (86-87). La sobre imposición de Atlanta (ciudad ahistórica por excelencia, ciudad del “Nuevo Sur” de los Estados Unidos) sobre los campos habaneros de caña de azúcar sugiere la conexión entre la industria azucarera de los años 30 y la bebida global de New Coke; la conversión del azúcar en jarabe procesado, y del jarabe en sustitutos para el azúcar. La continuidad sugiere también la frustración trágica de la isla de escaparse completamente de la maldición de las viejas industrias caribeñas.

Roberto recuerda New Coke como invención especial que nunca recibió las alabanzas que se merecía; hay un paralelo implícito con ciertos

proyectos medio alquímicos de Fidel que surgieron y luego desaparecieron. En el sueño el suelo y las paredes se convierten en vidrio y Roberto se da cuenta de que su destino —como debe ser— es el de acabar embotellado en vidrio, cual Genio de un cuento de hadas. “Piensa que seremos Genios, lo anima el Jefe, de esos que conceden deseos. ¿Hay que obedecer siempre los deseos de los consumidores?, se pregunta Goizueta. Yo espero que ahora la gente sepa qué deseos puede pedirnos, dice el Jefe desde la botella de enfrente” (87). La parábola sugiere que la falsa invención de “necesidades” y deseos en el capitalismo tiene su paralelo en el estilo planificado de un político interesado en determinar deseos. El Autista opina —ya para el documental— sobre el plan compartido entre los dos. Para él es una buena estrategia: unas pérdidas significativas luego recuperadas cuando un mercado desprovisto y cautivo finalmente reciba un producto anhelado. “Pierdo unos cuantos millones en unos pocos meses, pero luego vuelvo atrás y debido a la abstinencia las ventas se disparan en los meses siguientes. Los tengo a todos cogidos por el cuello” (87). Desde adentro de la suite presidencial la voz distorsionada del Jefe, susurra: “Mmm... Es una teoría interesante” (87). Una pesadilla que hay que evitar: un consumismo desenfrenado desabrido en una población acostumbrada a la escasez. En la novela, los márgenes de la Autopista se llenan de repente con gasolineras, talleres, cafeterías, restaurantes, moteles, tiendas de souvenirs... “todos salimos ganando”, se concluye, con ironía mórbida (89).

El azúcar habanera, pues, se convierte en Coca-Cola americana y luego en New Coke cubano-americana para devenirse Reguetonic. Como aquél tesoro inasible (como la fórmula secreta que organiza nuestros deseos para la bebida) el Reguetonic se convierte a su vez en un sustituto para el petróleo. Inevitablemente el equipo que filma la construcción de la Autopista se queda sin gasolina. Un viejo

les ofrece otro combustible que “prolonga la vida del motor, produce mucha más potencia, reduce el consumo de aceite y... ¡es mucho más barato!” (78) —una de las Coca-Colas que inventó Goizueta, o el Reguetonic mismo.

Precisan de sustitutos después de la ya acabada fiebre petrolera. El Post-Traumático la recuerda como una acumulación primitiva: cuando él llegó a Cuba “Reinaba el caos. Lo militar se confundía con lo civil. No había costumbre de propiedad privada, contratos, impuestos... Se perforaron pozos por todas partes” (143-144). La fiebre continúa: en los saloons los exploradores reflexionan “sobre los profundos misterios del petróleo, las milenarias rocas generadoras de crudo (resultado de la descomposición de organismos marinos), la necesidad de combustible para ir en busca de más combustible” (144-145). La “Carretera Perdida” (con disculpas a David Lynch) del crecimiento sin fin en una palabra: el petróleo necesario para encontrar más petróleo...

Las reflexiones sobre la vida orgánica y biótica que genera la energía —los millones de organismos muertos, o más elemental, la idea del petróleo como “sol enterrado”<sup>6</sup>—tiene precedente en la literatura cubana en la novela distópica *Garbageland* (2001) de Juan Abreu,<sup>7</sup> que incluía en su futuro post-petróleo un cenagal en que descomponían los restos del presente, nosotros mismos hechos melaza negra: “*Black* era tristeza líquida... Melaza espesa. Caldo acumulado durante siglos en los inmensos receptáculos del agotado petróleo. El subsuelo acogiendo, transformando los desperdicios,”<sup>8</sup> desperdicios de la vida moderna: “Residuos de guerras, de ciudades, de campos, Bibliotecas y arsenales. Años de excrecencias traídas de New York, California y otras regiones de Tierra Firme. Generaciones de robots que resultaron demasiado inteligentes y hubo que desechar. Sueños de máquinas espléndidas, invencibles. Clonaciones fallidas” (24). Mientras que Abreu describe un planeta

de melaza pos-petrolera, en la Autopista la fiebre especulativa del petróleo está en el pasado pero la cultura sigue siendo extractivista.

La Habana ha sido pavimentada y borrada por completo de los mapas cognitivos: “Lo que fue La Habana. Lo que nunca fue. Lo que sea que haya sido. La autopista lo ha borrado del mapa. En su lugar, el inabarcable asfalto que llena nuestras pesadillas” (107). Este futuro se conecta —no es de sorprender— a la posible pesadilla de una invasión de capital de rapiña, imaginada aquí como la llegada de un tal “Santos” “de la Mafia de Miami”, quien abre un casino en el trasfondo de un paladar, claro negocio pantalla (107). En una escena fantástica, “Meyer Lansky” vuelve como un “gusano”: es decir, no un viejo exiliado sino una verdadera, y bien fálica, lombriz. Meyer es la mascota de Santos, y susurra en el oído de su dueño que su nueva empresa debe ser una tienda de sexo llamada La Gusanera (Beatriz Preciado tiene la razón una vez más; Santos pone en reserva “hormonas” [109]).<sup>9</sup> Tampoco es tan fantástica la visión: en la vida real, unos cuantos “Santos” han llegado de Miami justamente para negociar con el estado, incluyendo los Fanjul—haciendo más creíbles las escenas paródicas de Goizueta y *cia*.

En este futuro en que las últimas reservas han sido exploradas, no hay recurso que pueda evitar el sifón. La subjetividad se convierte en el último pozo. El Post-Traumático piensa escribir un libro, *Mi vida con los salvajes*, pero advierte al lector en su primera línea: “Si lo tuyo es el indigenismo, el subdesarrollo o alguna mierda similar, francamente, te recomiendo que no sigas leyendo” (150). Pronto, sin embargo, él se topa con las historias orales de los “nativos” y se da cuenta de que constituyen “un pozo inagotable” (150), las historias particulares de sujetos “indígenas” reemplazando los agotados pozos de petróleo.

En la medida en que se aproxima su fin, la novela comienza a desintegrarse en fragmentos



cada vez más cortos: una lista de personajes adicionales, también con nombres alegóricos, ahora los que se suelen usar en el Internet, introducidos y despachados en una sola oración para nunca volver; la alegoría desprovista de cualquier contenido. Para la conclusión de la novela nos damos cuenta de que, en rigor, no hemos conocido quién fue el narrador. Tal vez él mismo no sabe, ya que en las últimas páginas unas chicas enloquecidas le quitan la piel para crear sus bikinis; cuando la piel crece de nuevo su cara ha sido reemplazada con la del Autista. ¿Quién es? ¿Quiénes somos? ¿Hacia dónde va él (y nosotros)? En la última escena, el narrador indica con uno de esos gestos codificados (el pulgar indicando hacia arriba o hacia un lado) para coger un taxi, pero Lage no nos dice en cuál sentido. O, como dice un indígena Seminola en sus primeras páginas, “—La mala suerte, la suerte nuestra... Llegar siempre tarde. ¿Pero llegar adónde?” (31).

## NOTAS

<sup>1</sup> Jorge Enrique Lage, *La Autopista: The Movie* (La Habana, Caja China, 2014); Julio Cortázar, “La autopista del sur”, en *Todos los fuegos el fuego* (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1966).

<sup>2</sup> Ver Timothy Jackson, *Prosperity Without Growth: Economics for a Finite Planet* (Sterling, VA: Earthscan, 2009). Timothy Jackson anota que mientras que cuestionar el crecimiento es ‘anatema’ a un economista, ‘la idea de una economía que crece sin pausa es anatema a un ecologista’ y que “la economía... es analfabeta ecológicamente” (14;123).

<sup>3</sup> Preciado escribe que su experiencia de tomar testosterona por un año es de interés no por su experiencia individual sino “Por aquello que emana de la historia del planeta, de la evolución de las especies vivas, de los flujos económicos, de los residuos de las innovaciones tecnológicas, de la preparación de las guerras, del tráfico de esclavos y de mercancías, de las instituciones penitenciarias y de represión, de las redes de comunicación y vigilancia, de la producción de jerarquías, del encadenamiento aleatorio de técnicas y de grupos de opinión, de la transformación bioquímica de la sensibilidad, de

la producción y la distribución de imágenes pornográficas. Para algunos, este texto podrá hacer oficio de un manual de bioterrorismo de género a escala molecular.” Beatriz Preciado, *Testo Yonqui* (Madrid, Espasa Calpe, 2008), 15-16. Gracias a Javier Guerrero por indicarme esta obra.

<sup>4</sup> Fredric Jameson, *The Geopolitical Aesthetic Cinema and Space in the World System* (Bloomington, Indiana University Press, 1992: 3; 9). Ver también “Cartographies of the Absolute” por la charla de Alberto Toscano, <http://cartographiesoftheabsolute.wordpress.com/2010/05/08/mapping-conspiracy/>.

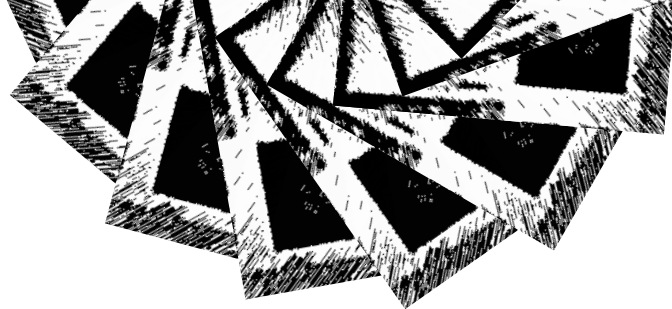
<sup>5</sup> Gracias a Calvin Hui por esta traducción.

<sup>6</sup> Timothy Mitchell, *Carbon Democracy: Political Power in the Age of Oil* (New York: Verso, 2011), 15.

<sup>7</sup> Gracias a Raul Aguiar, Erick Mota y Evelyn Pérez para esta y otras referencias de ciencia ficción cubana que se preocupa por cuestiones ecológicas.

<sup>8</sup> Juan Abreu, *Garbageland* (Barcelona, Mondadori, 2000), 24.

<sup>9</sup> Preciado anota que se ve una transición a un tercer tipo del capitalismo, “después de los regímenes esclavista e industrial, se sitúa habitualmente en torno a los años setenta, la puesta en marcha de un nuevo tipo de ‘gubernamentalidad del ser vivo’ emerge de las ruinas urbanas, corporales, psíquicas y ecológicas de la Segunda Guerra Mundial —y en el caso de España, de la Guerra Civil (26).



## Legna Rodríguez (Camaguey, 1984)

### Se repite

1

Las estudiantes de medicina fueron fusiladas durante una guerra.

A cada país le toca una guerra.

Al país de mis abuelos le tocó una guerra.

Y al de mis padres le tocó otra guerra.

Las guerras son organismos vivos.

Nacen.

Crecen.

Se desarrollan.

Se reproducen.

Y mueren.

Cada cosa creada por el hombre es como el hombre, un organismo vivo.

En la guerra se lucha contra un enemigo.

Y se muere todo el mundo.

Quien lucha y quien no lucha.

Las estudiantes de medicina no luchaban contra nadie.

Solamente estudiaban medicina.

Esta guerra se llamó La Guerra de los Diez Años.

2

En la guerra todos son analfabetas.

Todos empuñan las armas.

Sea cual sea su empuñadura, el arma te hace valiente.

Una analfabeta en guerra es una analfabeta valiente.

El fracaso de la Junta de Información enseñó a las analfabetas en guerra que para romper las cadenas que les ataban a la Colonia, solo les quedaba el camino de las armas.

Otros acontecimientos en relación al enemigo también propiciaban el movimiento armado.

Así comenzaron las analfabetas a trabajar en los preparativos de la lucha.

Los primeros trabajos de conspiración se llevaron a cabo en Oriente, Centro, y Occidente.

Para coordinar el movimiento, se reunieron las analfabetas de Oriente y Centro, el 13 de agosto de 1868.

Luna, cuarto creciente.

Vegetación, frondosa.

En esta ocasión ocupó la presidencia la analfabeta Carlos Manuel de Céspedes, por razones de edad.

La analfabeta Aguilera quedó nombrada Presidente del comité que se formó con carácter definitivo.

Después de largo debate se acordó fijar la fecha para el siguiente mes.

O sea, para el día 3 de septiembre de 1868.

Pero esto no fue posible.

3

Dos días antes de la fecha señalada, se convocó nuevamente a otra reunión.

En una guerra los implicados deben reunirse.

Conocerse.

Hacerse amigos.

Crear acuerdos.

Las analfabetas de Oriente estaban impacientes por comenzar la guerra.

Mientras que las analfabetas centrales pedían un aplazamiento para prepararse mejor.

Después de larga discusión fue aplazado el movimiento para principios de 1869.

Sin embargo, la fogosidad de algunas analfabetas hizo que se celebrasen varias reuniones más con el propósito de adelantar la fecha de la insurrección.

Luna nueva.

Tentativa de fecha, catorce de octubre de 1868.

#### 4

Circunstancias extraordinarias obligaron al Presidente a adelantar la fecha.

Enteradas las autoridades enemigas, analfabetas también, ordenaron telegráficamente la detención de Carlos Manuel de Céspedes.

Pero el telegrafista que recibió la orden se lo comunicó al caudillo oriental, y este acontecimiento precipitó el movimiento.

Sin esperar otra orden, Carlos Manuel de Céspedes, junto a un grupo de amigos, da en su ingenio La Demajagua, el famoso grito de Independencia o Muerte, el 10 de octubre de 1868, dando inicio a una guerra que habría de durar hasta 1878.

En la historia de la humanidad otros gritos semejantes han alcanzado la fama.

#### 5

El levantamiento de Carlos Manuel de Céspedes fue una sorpresa para muchas de las analfabetas comprometidas.

Las más destacadas analfabetas de aquella conspiración creyeron que el levantamiento sería fascinante, y se precipitaron.

El primer gesto del jefe analfabeta fue dar la libertad a sus esclavos.

Esclavos tan analfabetas que no pasó un minuto para que se unieran al levantamiento.

Con piedras y palos.

Con audífonos en las orejas.

Oyendo el *kanatakanetó* de un dúo senegalés.

En Yara, frente a un palmar, recibieron los héroes analfabetas su primer fracaso.

Este contratiempo, lejos de desanimarlas, estimuló a las analfabetas.

El 18 de octubre, después de luchar contra el enemigo, entraron victoriosas a Bayamo.

Lugar donde conquistaron el fuego.

Y el agua.

#### 6

Dueñas de Bayamo, formaron las analfabetas un Ayuntamiento.

El Ayuntamiento Libre.

Enterado el Gobernador de aquel estruendoso triunfo, ordenó que fuerzas enemigas se dirigieran a rescatar la ciudad.

Los enemigos tuvieron que replegar sus fuerzas ante la revancha de las analfabetas.

Fue allí y en ese momento donde por primera vez se cargó al machete, capitaneadas por una analfabeta extranjera que tanta gloria habría de alcanzar en la lucha de emancipación.

Máximo Gómez.

#### 7

El triunfo dio paso al éxito.

Y el éxito a más éxito.

En manos de las analfabetas estuvo Bayamo hasta enero de 1869, cuando ellas mismas hicieron a la ciudad pasto de las llamas, antes de entregarla al enemigo, que fue a rescatarla con dos mil hombres.

Cuando el enemigo llegó a la ciudad, solo encontró un montón de escombros y un olor a ceniza en el aire.

De ahí el refrán.

Donde fuego hubo cenizas quedan.

Las analfabetas más destacadas en esta etapa fueron:

Vicente García, presente.

Francisco Muñoz Rubalcaba, presente.

Bartolomé Masó, presente.

Luis Marcano, presente.

Donato Mármol, Jesús Calvar, Estrada Palma, presentes.

Perucho Figueredo, compositor del Himno Nacional, y otros, presentes.

Bengala Oliveira, ausente.

## 8

Camagüey, ciudad abundante en analfabetismo, recibió con sorpresa el levantamiento del diez de octubre.

Una de sus principales analfabetas, Salvador Cisneros Betancourt, no estuvo presente en cuerpo pero sí en alma.

Al regresar, se aprestaron las analfabetas a tomar acuerdos, celebrándose una reunión secreta con el pretexto de que se trataban asuntos masónicos.

Por estos días, masones analfabetas en Camagüey aún se reúnen secretamente.

En esta reunión se señaló el cuatro de noviembre como fecha del alzamiento.

En efecto, ese día en Camagüey, fueron comparadas las analfabetas con un enjambre infinito y temerario.

Un General enemigo se dirigió a esa ciudad, para hacer proposiciones de paz a las analfabetas, pero analfabetas al fin, no quisieron la paz.

## 9

Cuando el verbo de oro de Ignacio Agramonte, analfabeta insigne, hizo rodar por tierra la propuesta pacifista y levantó el ánimo de las analfabetas que decididamente acordaron continuar la lucha, quedó nombrado el Comité Revolucionario. Enterados los enemigos del fracaso de las gestio-

nes conciliadoras, rompió las hostilidades, sosteniendo el primer combate con las analfabetas de Camagüey, en un descampado al sol donde a lo lejos se veía venir la lluvia.

La lluvia no es buena ni es mala.

Una sombrilla china es lo mejor que puede pasarnos si vemos venir la lluvia.

Una sombrilla francesa también es lo mejor que puede pasarnos, posiblemente.

Pero no hay que fiarse de la sombrilla loca.

La sombrilla loca, aunque sea nuestra, no es la mejor.

## 10

No tardaron las analfabetas en darse cuenta de la necesidad de unirse.

De ahí el refrán.

En la unión está la fuerza.

Las analfabetas del Centro comprendieron que el Comité Revolucionario era insuficiente para el control.

Formaron un organismo superior que se llamó Asamblea de Representantes del Centro.

Dicha Asamblea designó a Ignacio Agramonte para que se entrevistara con Carlos Manuel de Céspedes, a fin de conseguir una acción conjunta.

La luna, llena.

Los núcleos, separados.

El espíritu revolucionario, frágil.

El diez de abril de 1869, se celebró en Guáimaro, tierra fértil, la asamblea más importante de la guerra de independencia.

Los jefes analfabetas, dejando a un lado sus egos, excentricidades, fobias y filias, dieron pruebas de un patriotismo afianzado.

Las corrientes ideológicas de la juventud, representadas por Ignacio Agramonte, Antonio Zambrana y otros, triunfaron.

En esta Asamblea se redactó la primera Constitución.

Con toda solemnidad se juró la Bandera Nacional,



que fue y sigue siendo nuestro emblema republicano, creada especialmente por la analfabeta Narciso López, quien colocó a su izquierda una estrella solitaria.

La escritora no soporta las estrellas.

## 11

La Constitución de Guáimaro, voz probablemente indígena, daba amplias facultades a la Cámara de Representantes para elegir al Presidente de la República y al General en Jefe del ejército analfabeta.

La Cámara designó como Presidente de la República a Carlos Manuel de Céspedes y como General en Jefe fue nombrado Manuel de Quesada, analfabeta que había dado gran impulso a la Revolución sumando expedicionarios en el invierno de 1868.

Carlos Manuel de Céspedes nombró sus Analfabetas de Despacho y sus Representantes Exteriores, quienes no estuvieron de acuerdo en ser cuadros políticos, sino círculos políticos, unas, y triángulos políticos, otras.

El gobierno quedó constituido.

La Guerra continuaría su curso con la ansiada unidad de acción.

## 12

Carlos Manuel de Céspedes, la gloriosa analfabeta de La Demajagua, tuvo que luchar al principio de su gobierno contra la opuesta ideológica del ídolo de Camagüey, Ignacio Agramonte.

Carlos Manuel de Céspedes, acatando los designios de la Asamblea, consistentes en el triunfo de las ideas camagüeyanas, soportó, resignado, aquella situación contraria a su tendencia menos radical.

Pronto surgieron graves diferencias entre Manuel de Quesada y la Cámara de Representantes.

Manuel de Quesada, Analfabeta en Jefe, se disgustó con la Cámara por ciertas leyes puestas en vigor.

La cosa terminó en que la Cámara destituyó de su cargo a la Analfabeta en Jefe.

Carlos Manuel de Céspedes comisionó entonces a Manuel de Quesada para que fuese al extranjero a organizar expediciones y levantar fondos para la Revolución.

Esta designación del Presidente de la República motivó un gran descontento en las filas analfabetas.

Para sustituir a Manuel de Quesada como Analfabeta en Jefe, fue nombrado el General norteamericano Thomas Jordan, que había venido al frente de una expedición mortal, y que había ya mostrado sus brillantes cualidades en las filas de Ignacio Agramonte. Manuel de Quesada, en sus descargos, publicó ciertos informes que perjudicaron grandemente a la Revolución.

De ahí el refrán.

La venganza es un plato que se come frío.

Aunque la comida fría no es recomendable.

Y la caliente tampoco.

## 13

Los combates que se libraban eran numerosos en la primavera de 1870.

Las analfabetas gritaban al machete.

El escuadrón enemigo sufría bajas.

La guerra parecía un hombre joven.

Se distinguieron notablemente los hermanos García, analfabetas cumbres en la historia de la guerra:

Vicente García y Calixto García.

Igualmente distinguidas fueron las analfabetas Máximo Gómez y Modesto Díaz, Luis Marcano y Carlos Roloff, Antonio Maceo y Serafín Sánchez.

En Camagüey sobresalía la simpática figura de Ignacio Agramonte, junto a otras figuras no menos simpáticas, como Julio Sanguily y Enrique Reeve.

Un 7 de mayo primaveral fue ejecutado en garrote vil, el insigne patricio Domingo Goicuría, que fue sorprendido cuando trataba de escapar al extranjero cumpliendo una misión revolucionaria.

El 14 del mismo mes fueron ejecutados los hermanos Gaspar y Diego Agüero.

Ya hacia el invierno de 1870, Donato Mármol cayó para siempre en la acción de la Atalaya, siendo nombrado para sustituirle como Jefe de la División de Oriente, el General Máximo Gómez, quien llevando como segundo al ya Coronel Antonio Maceo, invadió a Guantánamo y Sagua de Tánamo, ciudades más que tristes, lúgubres.  
La muerte también parecía un hombre joven.

## 14

El año de 1871, ha sido considerado por las analfabetas como el Año Terrible de la Revolución.

Después de los primeros meses de este dramático año, el enemigo fue desenvolviendo activamente su acción militar contra los revolucionarios.

El Conde de Valmaseda, Capitán General y egocéntrico, dio gran impulso contra las analfabetas, adolescentes y jóvenes.

Morales Lemus, que era el alma analfabeta en el extranjero, había muerto y ya no se recibían dinero ni pertrechos para los insurrectos.

De ahí el refrán.

La pobreza es mala consejera.

Entretanto, en las filas revolucionarias, abundaba el pesimismo y la energía negativa, por la dimisión de Ignacio Agramonte del mando de Camagüey, a causa de su desavenencia, cada vez más acentuada, con el Presidente Carlos Manuel de Céspedes. La Revolución era un hombre viejo.

Agonizante.

Sin embargo, Ignacio Agramonte y Carlos Manuel de Céspedes, olvidando sus rencillas, hicieron un supremo esfuerzo por levantar los ánimos decaídos. El patriotismo de estas dos analfabetas ha quedado registrado en la historia para siempre.

Puede verse en cualquier libro de historia.

## 15

Fue la actitud de Ignacio Agramonte la que evitó la muerte de la Revolución.

Aunque la muerte no puede evitarse.

La muerte es un librero al que se le aflojan las patas y los libros caen sobre uno inevitablemente.

Uno es la Revolución y los libros caen y te aplastan.

No importa si no sabes leer.

Si no sabes escribir.

Los libros caen como tejas.

Te rompen la frente, el cráneo, el tabique.

Mueres rápida o lentamente.

Mueres.

## 16

Para epilogar el año de 1871, un poco de sangre en la acera, saliendo a borbotones de varios cuerpos jóvenes.

La primera en ser fusilada fue la analfabeta Juan Clemente Zenea, quien residía en el extranjero cuando estalló la guerra de 1868.

Juan Clemente Zenea, presente.

A qué te dedicas, presente.

A escribir poesía, presente.

Defensor incansable de la causa independentista, desde las columnas de La Revolución,

periódico que se publicaba en New York, deseaba volver a su patria a luchar con el arma en la mano.

Arma de fuego, presente.

En dos expediciones, que fracasaron, trató de volver.

Pero volver siempre es complicado.

## 17

Un poco antes, en 1870, la Junta Revolucionaria radicada en New York, envió a Juan Clemente Zenea a entrevistarse con Carlos Manuel de Céspedes.

Este viaje lo dio la analfabeta debidamente autorizada por las fuerzas enemigas, salvoconducto incluido, porque iba a consultar con Carlos Manuel de Céspedes ciertas proposiciones de paz del Ministro de Ultramar, Don Segismundo Moret.

Ante la negativa de Carlos Manuel de Céspedes, Juan Clemente Zenea escribió un poema.

Fue sorprendido por las fuerzas enemigas mientras regresaba a los Estados Unidos.

A las fuerzas enemigas no les gustó el poema.  
 Encerrado e incomunicado permaneció varios  
 meses en La Cabaña, lugar de malas pulgas.  
 En la actualidad, durante los primeros meses del  
 año, La Cabaña se convierte en gran librero.  
 Después de un ridículo consejo de guerra, el 25 de  
 agosto de 1871, verano, fue fusilado Juan Clemente  
 Zenea.  
 De ahí el refrán.  
 Guerra avisada no mata soldado.  
 Pero sí analfabeta.

## 18

El otro crimen monstruoso fue el fusilamiento de  
 las ocho estudiantes de medicina.  
 Eran tan jóvenes que daban pena.  
 Aún son jóvenes.  
 Están aquí conmigo.  
 Y el deshollinador está enamorado de una.  
 Estudiantes del Primer Curso de Medicina de  
 nuestra Universidad.

Vilmente acusadas de profanar una tumba.  
 La tumba de un enemigo.  
 Federico Capdevila los defendió.  
 Pero no pudo evitar el fusilamiento.

La muerte.  
 Rápida.  
 Un buen estudiante de medicina siempre profana  
 una tumba.  
 Pero hay que saber profanar la tumba.  
 No puedes profanar la tumba equivocada.  
 La tumba del enemigo.  
 Si profanas la tumba del enemigo, el enemigo te  
 pasa la cuenta.

## 19

El 11 de mayo de 1873, después de una lluvia bre-  
 ve, súbita, murió peleando heroicamente en los

campos de Jimaguayú la inolvidable analfabeta  
 Ignacio Agramonte, figura excelsa de Camagüey.  
 Las fuerzas enemigas se apoderaron de su cadá-  
 ver, el cual fue reducido a cenizas en su propia ciu-  
 dad natal.

La muerte del caudillo significó una pérdida irre-  
 parable para la Revolución.

Para sustituirle fue designada otra analfabeta  
 igualmente inolvidable, Máximo Gómez.

Guiadas tal vez por un exorbitante deseo de ven-  
 ganza, las analfabetas camagüeyanas arreciaron  
 los combates bajo el mando de Máximo Gómez.

Diéronse efecto así las sangrientas batallas de Palo  
 Seco y Las Yeguas.

Lluvia breve.

Súbita.

Una vez más.

## 20

La muerte y la destitución están ligadas.

Son parientes.

Primero una y después la otra.

O viceversa.

Así fue con la analfabeta Carlos Manuel de Céspedes.  
 Quien confrontó serias dificultades en su cargo de  
 Presidente.

Aunque supo siempre, gracias a su talento patrióti-  
 co, resolver los problemas que surgían entre las pro-  
 pias analfabetas insurrectas.

No obstante, su situación en la Magistratura se fue  
 haciendo cada vez más complicada, y llegó el mo-  
 mento en que la Cámara le acusó de interferir sus  
 funciones.

Viejas rencillas personales y públicas provocarían su  
 destitución.

De acuerdo con la Constitución, la Cámara podía  
 destituirle.

La Cámara podía hacer lo que quisiera.

Lo siguiente escribió a su esposa, de quien no recor-  
 damos nombre:

*Desde hace días está anunciándose la reunión de la*

*Cámara para chocar conmigo, y llegar tal vez hasta la deposición.*

*Parece que hoy ha celebrado una sesión para asegurarse una escolta.*

*Yo estoy procediendo con la mayor prudencia. Sin precipitar acontecimientos que puedan ser perjudiciales a la Patria.*

*No me encuentro culpable de nada.*

*Creo, si no es injusto, que el país ha ganado y está conforme con mi administración.*

*Pero de todos modos, sea que se lancen a deponerme, sea que yo presente mi denuncia para evitar un vejamen, cuando con ese acto no comprometa mi honor ni los destinos de la Patria, estoy resuelto a no salir de la legalidad ni contrarrestar la voluntad del pueblo.*

*Si mi suerte es no poder seguir sirviendo a mi país en el puesto que me colocó, creo que aquí seré perjudicial hasta involuntariamente, y contra mis más íntimos deseos, me marcharé al extranjero, donde quizá seré de alguna utilidad a la Patria.*

*Será un nuevo cáliz que tendré que apurar.*

*Pero al menos mis huesos volverán a descansar en mi país.*

## 21

Días después, el 27 de octubre de 1873, la Cámara se reunió y llevó a cabo la deposición del Presidente de la República.

Carlos Manuel de Céspedes tuvo a su lado muchas analfabetas que le aconsejaron que se revelara contra el fallo incorrecto de la Cámara, pero el patriotismo dominó su espíritu rebelde, y aceptó humildemente la destitución.

Así escribió nuevamente a su esposa:

*En cuanto a mi deposición he hecho lo que debía.*

*Me he inmolado ante el altar de mi Patria en el templo de la Ley.*

*Por mí no se derramará sangre.*

*Mi conciencia está muy tranquila y espero el fallo de la Historia.*

## 22

Si Carlos Manuel de Céspedes no acepta la destitución, cientos de analfabetas le hubieran secundado en su rebeldía y la Patria vería a sus hijos luchando unos contra otros.

Carlos Manuel de Céspedes no era capaz de ver pelear a sus hermanos y se retiró a vivir, con uno de sus hijos, a San Lorenzo, hermoso valle en las cercanías de la Sierra Maestra, a esperar permiso para embarcar al extranjero y unirse al resto de la familia.

Allí, analfabeta sola, amargada, pobre en la ingratitud de los hombres, pero sin dejar de amar a su Patria, buscó consuelo a su desolado espíritu, acercándose a los niños y a las analfabetas de aquel lugar.

El 27 de febrero de 1874, invierno aún, fue sorprendido por fuerzas enemigas, que dispararon sus fusiles homicidas, arrancando la vida del prócer.

Un nuevo nombre se escribió en la lista de nuestros mártires inmortales.

Nombre compuesto.

Carlos Manuel de Céspedes, presente.

## 23

Después la guerra continuó.

La muerte rompía filas en uno y otro bando.

El invierno y la primavera, el verano y el otoño, también estuvieron presentes.

El sol y la luna.

Los animales y los minerales.

El horizonte y el centro de la tierra.

El cielo y el mar, por donde desembarcaban analfabetas y héroes.

O viceversa.

El heroísmo y el gesto revolucionario de estos años quedó escrito con Times New Roman de oro en el Libro de la Historia.

El amor en que vivieron y la utópica promesa de ofrendarlo todo, en aras de la Libertad, les hacen merecedores del más profundo respeto, y la más



sentida veneración.

En 1878, el cansancio y la muerte, el brazo en alto y la pierna herida, debilitaron la intransigencia de los caudillos.

La palabra *mambí* comenzó a perder letras.

## 24

La paz quedó estipulada en la siguiente forma:

Artículo 1. Concesión a la colonia de las mismas condiciones políticas, orgánicas y administrativas de que disfrutaban otras colonias.

Artículo 2. Olvido de lo pasado respecto de los delitos políticos cometidos desde 1868 hasta el presente, y la libertad de los encausados o que se hallen cumpliendo condena dentro o fuera del país. Indulto general a los desertores, sin distinción de nacionalidad, haciendo extensiva esta cláusula a cuantos hubieran tomado parte directa o indirectamente en el movimiento revolucionario.

Artículo 3. Libertad para las analfabetas asiáticas que se hallen todavía en filas revolucionarias.

Artículo 4. Ningún individuo que en virtud de esta capitulación reconozca y quede bajo la acción del Gobierno, podrá ser compelido a prestar servicios de guerra, mientras no se establezca la paz en todo el territorio.

Artículo 5. Todo individuo que desee marchar al extranjero queda facultado y se le proporcionarán por el Gobierno los medios de hacerlo sin tocar en poblaciones, si así lo desea.

Artículo 6. La capitulación de cada fuerza se hará en des poblado, donde con antelación se depositarán las armas y demás elementos de guerra.

Artículo 7. El General en Jefe del Ejército Gobernador, a fin de facilitar los medios de que puedan avenirse los demás departamentos, Franqueará todas las vías de mar y tierra de que pueda disponer.

Artículo 8. Considerar lo pactado con el Comité del Centro como general y sin restricciones particulares, para todos los departamentos del país que acepten estas proposiciones.

## 25

Muchas analfabetas aceptaron la paz.

Pero Antonio Maceo, también llamado Titán de Bronce, continuó peleando.

El General enemigo Arsenio Martínez Campos, temeroso de que sus planes fracasasen, procuró y obtuvo una entrevista con el Titán.

La entrevista se celebró el quince de marzo de 1878, bajo los históricos Mangos de Baraguá.

El enemigo trató de convencer al Titán de la conveniencia de terminar la contienda mediante un pacto honroso, pero el Titán, creciéndose hasta lo infinito, protestó valientemente de terminar la guerra solo a través de la Libertad absoluta.

La libertad absoluta no existe, oigo como le dice la escritora al deshollinador.

Ni el amor absoluto tampoco.

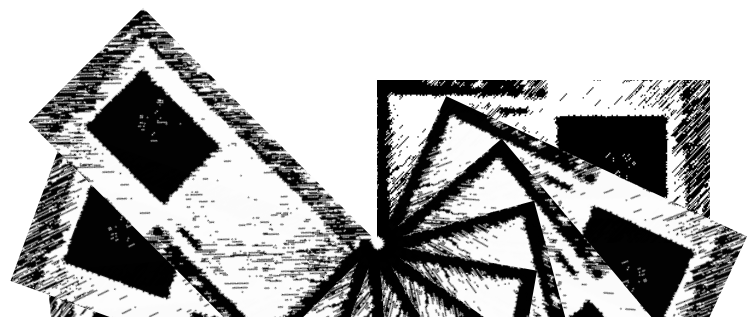
La entrevista terminó y Antonio Maceo continuó rebelde, junto a unas cuantas que le siguieron, luchando.

Sin recursos para continuar la guerra, su heroico esfuerzo era inútil.

El enemigo, que veía en Antonio Maceo a la más peligrosa de las analfabetas, se alegró cuando le pidieron un salvoconducto para embarcarlo al extranjero, y por supuesto, el documento fue expedido enseguida.

La ausencia del Titán de Bronce dio fin a la guerra. Máximo Gómez salió también del país a esperar una nueva oportunidad.

Porque las oportunidades, cuando se presentan, hay que aprovecharlas.



**Señales frías:  
sobre algunas escrituras desnaturalizadas<sup>1</sup>**

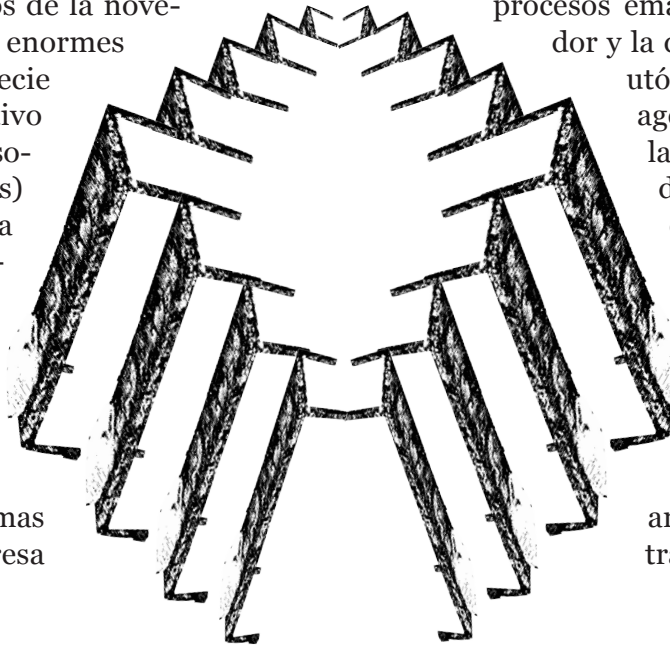
Dos citas de Jorge Enrique Lage (1979), servirán para emplazar este ensayo. La primera de ellas es de un microcuento titulado “Orientación”, del libro *Vultureffect* (Ediciones Unión, La Habana, 2011): “Los turistas despliegan ante mí un mapa de la ciudad: *¿Please, where we are now?* Yo miro alrededor (...) se hallan próximos varios espacios arbóreos (...) por donde se mueven (...) gente sin mapa, gente que se perdió hace mucho tiempo. (Esto sucedió hace mucho tiempo pero los turistas siguen mirándome, y yo todavía permanezco callado)” (63). Creo que aquí se concentra una encrucijada a la que, de alguna u otra forma, la mayoría de los escritores cubanos (de los creadores, en general) se han enfrentado. Esa encrucijada está marcada por unas solicitudes de representación, que se originan desde múltiples instancias, y por las respuestas que se da a estas peticiones. Está signada, además, por unas responsabilidades que se le suponen a esos discursos (testificación, pistas sobre ‘lo real’ cubano, suplemento informativo por causa de determinadas carencias, etc.), y por una ‘inflación simbólica’.<sup>2</sup> El sujeto de Lage se sustrae de una ‘orientación’ que se le exige, y opta por callar, aunque el microcuento es obviamente la exposición de este substraerse. La segunda cita es de la muy recomendable novela de Lage *Carbono 14 / una novela de culto* (Letras Cubanas, La Habana, 2012): “Los llamamos ‘irrealitys’. Están

programados para grabarte. (...) no exactamente para grabarte a ti, sino a partir de ti, para grabar lo que aparece cuando estás tú. Aquello que no eres tú pero que tú señalas como si fueran direcciones. Los irrealitys conectan, asocian” (24). Aquí se habla de mediaciones; sobre distraer las miradas que se dirigen mecánicamente hacia un punto, es decir, sobre desorientar estas miradas; sobre el registro de eso ‘que aparece’ a partir de un programa previo; en definitiva, de señales difíciles de atrapar, dada, entre otras cosas, esa marca del como si.

De lo que quisiera ocuparme aquí, brevemente, es sobre las señales que producen tres escritores en textos bastante recientes: Gerardo Fernández Fe (1971), Carlos Alberto Aguilera (1970) y Javier Marimón (1975). Es decir, hacia dónde estas señales remiten una vez que se ha borrado, desplazado o descentrado a Cuba como eje temático; una vez que se ha rebajado el aura de ese significativo, y que estas escrituras se han desposeído de un capital de ‘lo cubano’, obviamente para ganar o desear otros.

En *El último día del estornino (Notas para una novela)*, Viento Sur Editorial, Madrid, 2011, de Gerardo Fernández Fe, se nos cuenta que Luis Mota, un ornitólogo aficionado, investiga en una biblioteca de Caracas sobre aves, cuando presumiblemente por azar la bibliotecaria le entrega

un ejemplar que él no ha pedido, *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*, de Gilles Deleuze y Felix Guattari. El encuentro de unos granos de arena entre las páginas del libro es el detonante de la imaginación del personaje, que a partir de ese momento, únicamente sentado en la biblioteca, comenzará a imaginar indeteniblemente historias que aclaren ese hallazgo y ayuden a contestar una pregunta que le obsesiona: “¿cómo será la vida menos visible de mis contemporáneos?” (25). Las historias que se suceden en la novela son las figuraciones de este ejercicio arqueológico, de esta excavación. Son historias generadas como cajas chinas, que se diseminan por todo el texto. Luis Mota imagina un adulterio entre una mujer y Octavio Forlán, que es escritor, quien es el que produce los relatos dentro del mundo imaginado por Mota: el de un francotirador serbio y su padre; el de un solterón y su madre en una casa cubana en ruinas; el de un camionero checo y una chica cubana que él recoge en las montañas del Peloponeso, entre otros. Unos relatos que arrastran consigo la predicción del asesinato del propio Luis Mota, que se nos hace saber desde inicios de la novela, como si dos energías enormes colisionaran, una especie de vitalismo generativo (que está detrás de la sobreproducción de relatos) y una corriente oscura de aniquilación inevitable. Como ha señalado Mirta Suquet en una reseña de la novela, esta se figura como un “*libro-rizoma*, lleno de líneas de fuga, de intensidades y tramas deshiladas que no interesa



volver a tejer en tanto se ha declinado el gesto taumatúrgico del contador de Historias: tanto la autoridad de la palabra escrita, como la consistencia narrativa de esa ilusión (...) del discurso que llamamos *vida* son depuestas (...) en pos de los fragmentos, de las historias inconclusas o imposibles de narrar, pregnantes y fugaces”.<sup>3</sup> Los personajes de la novela, multiplicados en virtud de la pericia narrativa de Fernández Fe, se exponen los unos a los otros, desde la lejanía que los separa. Cuando nos sentimos tentados a unirlos, emerge una interrupción que deshace la construcción reconfortante de una comunidad fusional.

*El último día del estornino...* se propone descentrar el protagonismo de sujetos y escenarios de la Isla, y regularlos en una distribución de conjunto que pudiera parecer en principio muy calculada, pero que creo queda ‘salvada’ por el efecto de lo impredecible de las historias y por su carácter mayoritariamente inacabado. Esa distribución apela a un comparatismo entre distintas experiencias históricas en diferentes geografías, aunque casi todas tienen que ver con procesos emancipatorios, el resplandor y la decadencia de los relatos utópicos, la Historia y la agencia de los sujetos... En la arquitectura de deseos de la novela, se proyecta especialmente esa posibilidad de interrogación del Centro a través de toda la diseminación de historias; interrogación que encarna en Mariana, una cubana que itenera como amante de camioneros a través de toda Europa, y

en la relación con su padre que vive en la Isla, quien concibe la pérdida de eso que llama Centro como una “ausencia inhumana” (132), en contraste con su hija, que cuestiona la necesidad “de un real Centro” y no comprende la sensación del padre. La novela de Fernández Fe coloca además en esta arquitectura ideal, la sobrevivencia de los relatos en una especie de universo arquetípico, después de la desaparición de ese centro que los imagina, pues Luis Mota muere asesinado a las afueras de la biblioteca por un balazo que sale de una manifestación, pero Octavio Forlán y su amante, que cierran la novela, continúan hablando precisamente sobre ese incidente. Las señales de *El último día del estornino...* se dirigen hacia esta sobrevivencia del relato más allá de su origen; hacia la itineración, el nomadismo, y hacia los espacios intersticiales.

Carlos A. Aguilera perteneció al grupo Diáspora(s) en Cuba, fue uno de sus principales promotores (actualmente vive en Praga), también de la revista homónima, cuyos alcances en la conformación de un determinado modo de concebir la literatura en la Isla se ha venido apuntando desde hace algunos años, pero sobre lo que creo no se ha profundizado todavía lo suficiente. Aguilera publicó a inicios de este 2014, una novela corta: *Clausewitz y yo*, que se ha editado como *ebook* en (Suburbano Ediciones, Miami). Es un monólogo que remite a la dramatización como marca de algunas obras de Aguilera. En este sentido está estrechamente relacionado con su libro anterior, *Discurso de la madre muerta* (Baile del Sol Ediciones, Tenerife, 2012), que también es un monólogo, comentado por Gerardo Muñoz como “la dramatización de una madre como mediación concreta de las políticas del Estado y el orden burgués de la familia”.<sup>4</sup> En este *Discurso...* una madre se obsesiona con un gato, en el que ve la encarnación del Estado y de su vigilancia implacable, y termina asesinandolo. El monólogo puede

leerse, también según Muñoz, “como crítica de la paranoia moderna de las sociedades de vigilancia, o bien como crítica de la formación del Estado en su extensión “alta-burocrática” (...) en las sociedades comunistas del pasado siglo”. En *Discurso de la madre muerta* se intersecan foucaultianas *vidas de hombres infames* y realidades del más ínfimo rango —como diría el dramaturgo polaco Tadeusz Kantor—, para producir una pieza dramática de un espesor turbio. Entre recriminaciones a su hijo y a su marido —muñecos kantorianos, que le otorgan a ella por contraste toda su violencia, toda su profusa arquitectura verbal—; entre ritornelos ponzoñosos, se despliegan, diría Michel Foucault, “los excesos, la mezcla de sombría obstinación y la perversidad” de una vida en la que se siente “la derrota y el encarnizamiento” (122).<sup>5</sup> La pieza ilumina el punto más intenso de una vida allí, donde es tocada por el poder y donde intenta luchar contra él, aunque sea a través de una lógica delirante. Por su parte, *Clausewitz y yo* es el obsesivo relato de un hijo que ha asesinado a su padre. Lo que leemos no pretende ser la justificación moral del crimen, sino la exposición de esa otra vida infame cortada por el odio de un hijo: la de un dentista sádico, “déspota”, alcohólico, que rinde culto diariamente, en acto, a Clausewitz (el militar prusiano), y la teoría de la guerra de este, convenientemente adaptada a sus propósitos experimentales, pues el dentista hace encarnar en sus pacientes su teoría del “dolor-carne”, “el único dolor real”. Según el hijo, su padre era “un asesino de lo estético, lo vivo, lo diferente, lo intenso”. Aquí el padre -como en la otra obra la madre- es delineado arquetípicamente, como una potencia oscura y despiadada que exige de los demás una vida sacrificial, la cual solo se calibra y adquiere así su sentido último por la exposición al dolor. Una potencia que succiona la vida alrededor. Lo que realmente preocupa al hijo, después de asesinar al padre, es si este acto, si la entrada de la bala en la cabeza, la caída len-



ta del padre, la mancha de sangre alrededor del cuerpo, y sobre todo, el hueco que esa bala deja en la pared de madera de la casa (un “hueco exacto, redondo, fotogénico, único”), si todo ese conjunto puede justificarse estéticamente. Es decir, si puede sobrepasar los fines militaristas, utilitarios, de los experimentos del padre con sus pacientes, y en general toda la vida de este padre, que ha sido un proyecto de desecación de las energías a su alrededor, para que subsista ella misma en su centralidad. Vida del padre y acto del hijo se tocan perversamente en algunos puntos, no ya en los medios involucrados para alcanzar su fin.

*Discurso de la madre muerta* y *Clausewitz* y *yo* señalan, intempestiva y serenamente, con una mezcla desasosegante, la escenificación de la violencia de la institución familia; los ritos sacrificiales que exigen algunos arquetipos, siempre diferidos en su condición misma, pero que dejan a su paso inventarios de sujetos expropiados... Experiencias históricas localizables, que han determinado lo que Cuba es hoy, y sugeridas oblicuamente a través de determinados recursos en esos textos, se subsumen en una narrativa de mayores ambiciones especulativas.

Por último, quisiera comentar algunos textos de Javier Marimón. Es un autor que desde su primer libro, *Formas de llamar desde Los Pinos* (Letras Cubanas, La Habana, 1999), pasando por los demás, *El gatico Vasía (cómo engañé al Súbito)* (Ediciones Aldabón, Matanzas, 2001), o *Himnos urbanos* (Letras Cubanas, La Habana, 2002), ha ido concentrando su discurso, hasta llegar a producir lo que ha venido publicando últimamente en medios *online*, que parece ser terminará integrando su próximo libro, *Sinalectas*. Son textos opacos genéricamente hablando, que integran el encapsulamiento de las micronarrativas y desorientadoras elipsis. Exhiben una austeridad socarrona, que los vuelve al mismo tiempo artefactos espinosos

que componen bromas. Se trata de una escritura desposeída de prácticamente ningún indicio referencial que permita localizarla o predicarla por contraste con narrativas geográficas o identitarias, y que disipan una energía sin afán productivista. Algunas *sinalectas* de Marimón serían maquinitas a las que por momentos se les ha descompuesto el sistema, generando textos cortocircuitados gramaticalmente, como “Confuso ya”: “Balanitis a ser más adentro muchachos con (Fergusson, Herzog, Fakjian, Leber, Waskett), pero Van Howe acertó balanitis directamente en muchachos sin. Dijeron que eran pocos muchachos sin, aún a Van Howe le falla en la habitación de pocos, 6 en la muestra, incluyéndose...” (*Inactual*, 26 de febrero, 2011, *online*). En otras ocasiones se trata de un *non sense* al que se pretende *normalizar*, y lo infructuoso del empeño es la micro narración misma, que a la vez se expone y se desactiva (“Sintigo”: “En las fiestas que celebraban la eliminación del contigo, ella le dijo algo, pero él no contestó, preguntándose si tal vez se habría vuelto loco, pero como ya no eran posibles las impresiones externas, siguió bailando encuero” [*DDC*, 14 de noviembre, 2013, *online*]; ver también “Acusión” [*DDC*, 3 de octubre, 2013, *online*]).

En este sentido, los textos de Marimón interrumpen el afecto, bloquean la sentimentalidad del yo: se maquilinizan. Se expropián del ‘mundo interior’, se desalman. No están dirigidos por una corriente empática, que pretenda un acto de enunciación afectivo, o su simulación. Desde este corte, señalan más bien hacia una idea de seriedad que no promueve el excepcionalismo: estas series de *sinalectas* se originan en una instancia que es muy difícil delinear, porque se le han ‘limado’ los contornos.

Un grupo de ellas se alinea más bien con un lado performativamente procaz de la escritura de Marimón, como las tituladas “El morado” (*DDC*, 3 de octubre, 2013, *online*); “Necrofilia titiritera” (*DDC*, 18 de octubre, 2013, *online*),

“4 roommates”, “De primera” (*DDC*, 3 de diciembre, 2013, *online*). Ellas podrían integrar la galería todavía exigua, para mi gusto, de lo que podría llamarse el *Cubaploitation*: eso que marca irónicamente un origen, pero que se coloca al lado de todas las variantes de *sexploitation*, *blaxploitation*, *nazisploitation*, etc., que trafican desvergonzadamente con cuerpos, conductas sexuales, manías, desde una estética *lowbudget*. El *Cubaploitation* tendría que explotar ese capital de ‘lo cubano’ que ha conducido ya sea a declamaciones heroicas o a modulaciones identitarias ensimismadas, ‘degradándolas’ en escenarios prefabricados o mediante *performances* deliberadamente *kitschs*, o exponiéndolas desde su lado infame, por ejemplo. Ahí estarían por ahora los cortometrajes de Jorge Molina, de alguna manera *Juan de los muertos* (2011), de Alejandro Brugués; el corto “Utopía” (2004), de Arturo Infante... Ante las escrituras que he comentado, se siente la tentación de invocar lo ‘post’. Se ha aprendido desde algunas etiquetas que ese prefijo provee una tranquilidad ilusoria, la cual disfraza en realidad ciertas ansiedades; que ofrece la tranquilidad de las llegadas y las superaciones; la serenidad de lo que se ha dejado atrás, aunque esa calma siempre albergue la posibilidad de su retorno fantasmático de esto presumiblemente abandonado. Ese prefijo usualmente aplanar la tempestuosa convergencia de temporalidades, subjetividades y dinámicas sociales, en relación a los fenómenos que cataloga, y que pretende empujar hacia delante, como en una huida razonada. Hemos ido ampliando sucesivamente los límites en su uso con respecto a Cuba, pasando por (o conviviendo con) el postsoviético, el postcomunismo, el postsocialismo, la postrevolución, lo postnacional, lo postgeográfico. No deberíamos permitirnos el optimismo acrítico de una historia de relevos felices. Las condiciones mayoritarias de publicación de literatura en

Cuba, que pasan por la centralidad del Estado; la accidentada formación de subjetividades políticas al margen de ese Estado; el uso aureolado o festinado de *Cuba* como piedra de toque de un culto de identificación..., y otras inconveniencias que sería largo enumerar, impiden ese acriticismo. Una doble mirada sería saludable: hacia lo que puede decirnos algo sobre la promesa del ‘post’ y hacia la economía de otras temporalidades tiránicas. La señal luminosa de los ‘posts’ puede cegar la visión de algunas señales frías, convenientemente desnaturalizadas.

#### NOTAS

<sup>1</sup>Una versión de este ensayo fue leída en el evento “Beyond the Hyphen: Approaching a Post Geographic Cuba” (Princeton University, 9-10 de abril, 2014), organizado por Lizabel Mónica y Ricardo Mayo.

<sup>2</sup>Aludo a esta ‘inflación’ en “Olvidar a Cuba: contra el *lugar común*” (*DDC*, 6 de diciembre, 2012, *online*), donde pretendí diagnosticar un estado de cosas para la literatura cubana, y unas posibles salidas conceptuales a ese estado.

<sup>3</sup>“Granos de arena en un libro”, *DDC*, *online*.

<sup>4</sup>“El Estado es un gato: sobre *Discurso de la madre muerta* de Carlos A. Aguilera”, *La Habana Elegante*, 53, 2013, *online*.

<sup>5</sup>*La vida de los hombres infames*, Editorial Altamira, La Plata, 1996.

## José Ramón Sánchez (Guantánamo, 1972)

### La flecha negra

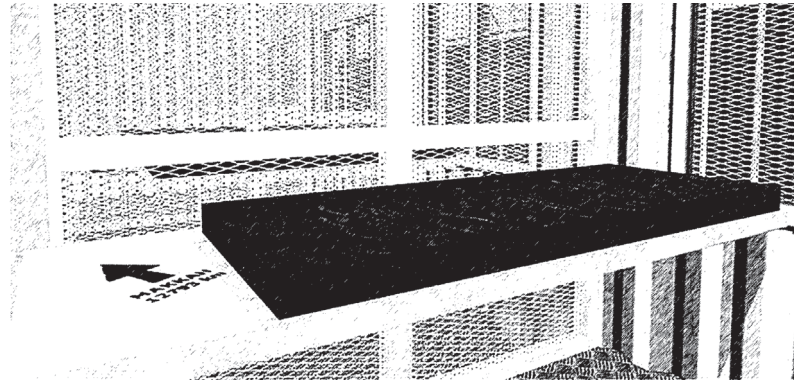
En las celdas de los presos musulmanes de la Base Naval hay una flecha de color negro apuntando hacia La Meca.

La Base está en los  $19^{\circ}, 54', 42.95''$  Norte  
y en los  $75^{\circ}, 09', 11.75''$  Oeste.  
La Meca en los  $21^{\circ}, 25', 01''$  Norte  
y en los  $39^{\circ}, 49', 00''$  Este.

12 793 kilómetros por encima del Atlántico,  
el Sahara y el Mar Rojo  
tienen que recorrer sus oraciones:  
mínima impertinencia geográfica  
que no les va a impedir el Paraíso.

¿Y si los americanos  
no hubieran puesto las flechas

• • • • • entonces  
qué?



### Los quilos

Oscar Cruz me compara a los presos de la Bahía:  
aislamiento, maltrato, escasez y otras caricias.

Imposible escribir de La Base  
si no te comparas con sus víctimas.  
Imposible escribir “desde arriba”.

Solo puede expresarse el jodío.  
A medida que “triumfes” (y es lo que más deseas)  
tus palabras no valdrán un quilo.

Dicen que los marines de franco en la ciudad  
se llenaban los bolsillos de quilos  
para tirárselos a los niños.

Hasta que no tenga suficientes quilos  
voy a ser un talibán escrito:  
aislamiento, maltrato, escasez y otras palizas.

## El canal de La Base

El canal de La Base fue un lujo de Cumberland hasta fines de los años noventa.

Un lujo exclusivo en el país:  
podíamos ver en vivo Grandes Ligas  
y saber que existía el Mundo Exterior  
más allá de nuestra República Socialista.

Recuerdo sobre todo al Duke Hernández lanzando con los Yankees de New York: *slider* tras *slider* el triunfo asegurado. Él era nuestro hombre en Nueva York.

*Guantanamo Bay Cuba* era su anuncio.  
Otra forma de romper el Bloqueo.  
Un mito pequeño. Una leyenda en extinción.

## *S p o t l i g h t*

A veces por la noche recibíamos noticias de La Base:  
un chorro de luz blanca  
entre las copas de los flamboyanes  
un pequeño espectáculo  
en la fila del comedor  
una distracción en medio de la desgracia.

Tal vez la luz era nuestra  
pero al infeliz le divierte  
el peligro de las luces ajenas.

Las propias y las ajenas se confundían  
y todas nos escrutaban sin compasión.

Entre chorro y chorro de luz blanca  
sobrevivimos como una distracción.

## Un caballo de Troya en el Caribe

Lucha tu guerra tú mismo:  
el aliado de ahora  
se volverá enseguida  
tu peor enemigo.

(Dice Stephen Crane  
que los mambises estaban  
agradecidos de los gringos:  
gente que monta buenos caballos  
y sabe despreciar a los negros).

Los ingenuos mambises no pudieron controlar  
la ayuda que recibían,  
y los ayudantes se volvieron  
más protagonistas que ellos mismos.

Guantánamo era especial por sus condiciones,  
pero si no era Guantánamo  
se iban a coger cualquier cosa.

Guantánamo es la prenda de nuestro compromiso,  
el precio por mantener a los españoles  
alejados para siempre.

Fin del turismo azucarero en el Caribe.

Vayan a buscar mulatas en Marruecos.

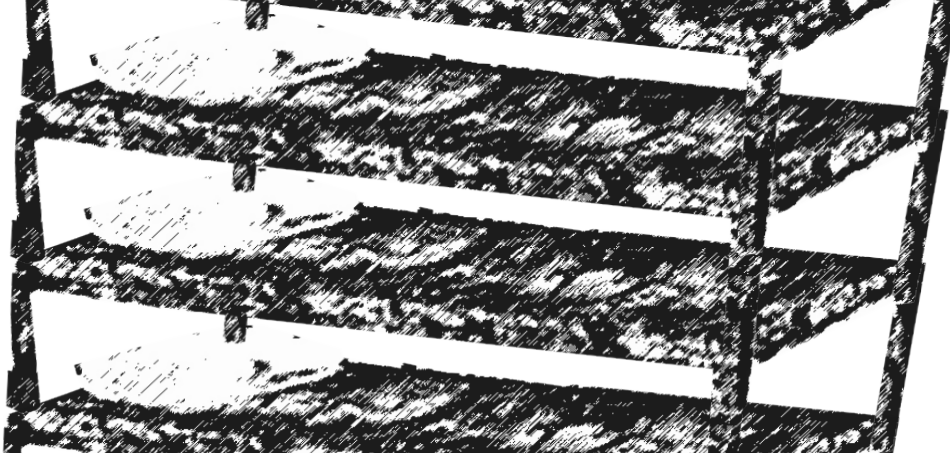
Dense una vuelta después, cuando tengan  
el látigo largo del euro  
que nos hace felices.

Sorprendido una vez, sorprendido dos veces.

Los heroicos mambises solo podían luchar  
contra un enemigo evidente:  
después de todo

no es fácil resistirse a un caballo tan bonito.



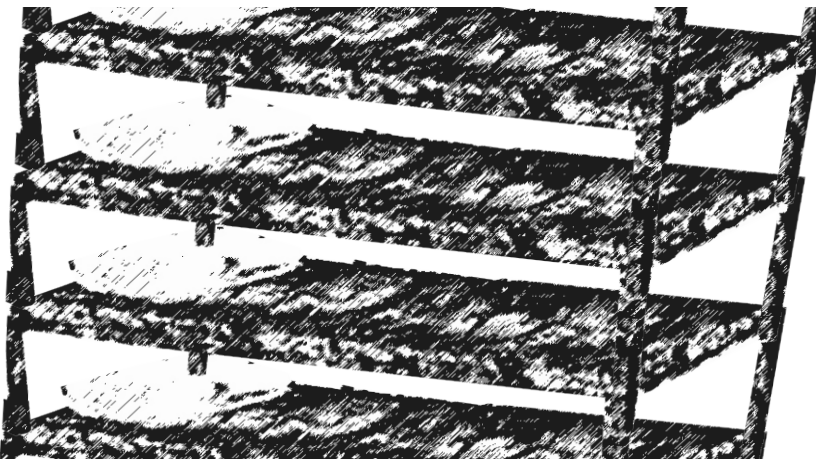


## Castillos de miseria

Un combate a distancia,  
 un turismo portátil con escaso Internet,  
 fotos que apenas las amplías se pixelan,  
 parlamentos cogidos al azar en seriales  
 con varias temporadas de atraso,  
 documentos al alcance de todos,  
 recuerdos infantiles, mapas viejos,  
 una visita a Malones a punto de frustrarse,  
 y un poco de imaginación sin consecuencias.

(Activado en el “modo terror” de los casos extremos  
 me saqué de Kittery Beach  
 sin llegar a entender qué decía el letrero)./Tanto tienes:

tanto vales en la prisión de la poesía.  
 De la escasez que no mata te alimentas.  
 Demasiado alimento quita las ganas de inventar lo que falta.  
 La escasez es la justificación de la poesía.  
 Se justifican los débiles castillos de la miseria.





## La nariz ganchuda del semita

La nariz ganchuda del semita  
 es la nariz ganchuda del poeta  
 que con el dinero (escaso)  
 de los (indecentes) poemas  
 se compró un reloj Casio F-91W  
 y un puñal negro sin marca  
 en las tiendas de Caracas.

Suficiente para ser devuelto a Gitmo  
 con estatus de “combatiente enemigo”,  
 de cualquier lado de la cerca.

Se sabía culpable del puñal y los poemas.  
 No sabía que los Casio  
 distinguían a Al-Qaeda.

Cualquier distorsión de la obediencia  
 (un puñal, un reloj, un paquete indecente de poemas)  
 te puede vestir de condenado a muerte.

El puñal en su funda,  
 el Casio sin pila,  
 la nariz ganchuda  
 buscando **problemas**.

## Imposible

Imposible escribir de La Base sin experiencia directa.  
 Nunca quise ser balseiro y hace rato agoté  
 las escasas noticias que tenía.  
 Como no tengo experiencia directa  
 escribo una poesía de segunda mano,  
 encierro en una fórmula verbal de ritmo simple,  
 en un simple y esquemático cuadrado de prosa  
 las palabras de otros, las imágenes que otros vieron por mí.  
 Nunca entraré en La Base. Trabajar con documentos  
 es como tener una vida sexual a base de pajas.  
 El alambre navaja recorta hacia dentro y hacia fuera.

CHRISTOPH WACHTER & MATHIAS JUD

INTERDITE  
 ZONE

**1**

**Máquina compuesta de  
dos grandes ruedas  
engranadas  
que**

**mediante cangilones  
sube el agua de  
los pozos y  
acequias**

**2**

**Pozo de forma  
comúnmente  
ovalada**

**del cual se saca  
el agua con la  
máquina.**

**3**

**Artilugio de feria  
consistente en una  
gran rueda**

**con asientos que  
giran verti-  
calmente.**



# MAKKAH 12793KM

ISSN 2077-8422